Centro de Estudios Simón Bolívar

La Campaña de Quito (1820-1822)





Felipe de la Barra

La Campaña de Quito

(1820-1822)

La Campaña de Quito
(1820-1822)

Felipe de la Barra









1.ª edición en Centro de Estudios Simón Bolívar, 2022

La Campaña de Quito (1820-1822)

Cuidado de la edición y corrección
Yessica La Cruz

Diseño de portada
Alejo

Diseño y diagramación
Orión Hernández

Imagen de portada
Litografía de Antonio José de Sucre, Thierry Frères
Resumen de la Historia de Venezuela, Rafael María Baralt.

Avenida Cota Mil. Sede del Centro de Estudios Simón Bolívar, San Bernardino, Caracas

ISBN: 978-980-7975-05-6
Hecho el Depósito de Ley:
Depósito legal: DC2022000652

Índice

Presentación

Escribir la presentación de una obra, en cualquiera de sus géneros, siempre es un compromiso para quien asume esa responsabilidad.

Es anunciar, pero sin el detalle que exponga de manera casi total su contenido, dejando entrever la parte esencial de lo que se cuenta, y tratar que el lector entienda lo expuesto con facilidad, incentivándolo a la lectura y al análisis.

Me ha correspondido, a solicitud de la Comisión Bicentenario de la Batalla de Pichincha, el inmenso honor de presentar la reedición de este libro, y he tenido la sensación de que —de no tratarse de un tema que cada día está más vigente— podría catalogársele entre los llamados "libros raros" que, como todos sabemos, tienen características que los hacen especiales, ya sea por la temática, dificultad para encontrarlos, por la forma en la que fueron escritos o por la personalidad del autor.

Este libro es relativamente nuevo, solo han transcurrido casi cien años desde su edición, y trata a profundidad una de las campañas enmarcadas en la llamada Campaña del Sur del Ejército Libertador. Así que ni es incunable ni es viejo y mucho menos raro.

Su esencia es la Batalla de Pichincha (1822), aunque toca aspectos sobre las Batallas de Boyacá, Carabobo y Bomboná, dicha batalla fue librada en el territorio que para aquel entonces era nombrado como Quito, conocido como Ecuador con ahora Quito como su capital. La Batalla de Pichincha fue la penúltima de las grandes batallas de la Campaña del Sur.

Posiblemente el autor y el libro sean poco conocidos por la mayoría de quienes no nos hemos dedicado a tiempo completo a estudiar la historia militar. Su autor, Felipe de la Barra, ostentaba el grado de mayor para el momento de publicación de la obra y posteriormente fue ascendido a general de brigada y luego designado ministro de Defensa del Perú.

El general de brigada De la Barra, concibe la idea y la materializa cuando se encontraba efectuando el Curso de Estado Mayor en la Escuela Militar de Chorrillos; y, a mi entender y de los conocedores de la materia a quienes he consultado, se trata de un estudio por demás completo y descriptivo de la Batalla de Pichincha. De tal manera que, desde aquel

hecho de armas al cual se le puede colocar el calificativo de fantástico, habían transcurrido cien años.

Comenzó su obra el entonces mayor Felipe de la Barra con un pensamiento del filósofo francés Ernest Renan que me pareció genial y propicio para abordar el tema: "Lo que hace de los hombres un gran pueblo es el recuerdo de las grandes cosas que hicieron juntos y la voluntad de realizar otras en lo futuro".

Sabio pensamiento que sirve para orientar nuestros pasos como pueblo y como nación, cuando se posee una historia tan rica e inspiradora como la que tiene Venezuela.

El prólogo de la edición de 1924 lo hace curiosamente un oficial francés, el coronel Paul Goubaux, quien para ese momento, era el director de la Escuela Militar de Chorrillos y pertenecía a la Delegación Militar Francesa destacada en ese país, donde tuvo gran influencia.

El coronel Goubaux hace una excelente presentación del libro, porque analiza en pocas líneas, pero con gran profundidad, el significado del pensamiento de Renan, lo que aporta sentido y propósito a la obra del mayor De la Barra. Escribe Goubaux: "En el estudio de los grandes hechos del pasado es donde un ejército adquiere estas fuerzas morales. Todo patriota, todo oficial, con la lectura de lo que han realizado sus antepasados no puede menos que sentirse animado de la voluntad de igualarlos, cuando no de superarlos".

Justamente, es la presentación de un gran hecho del pasado el objeto de esta edición, con motivo del bicentenario de la batalla que dio la libertad a Quito. Acontecimiento bélico que permitió acelerar la ruptura de las cadenas que oprimían al Perú y dio nacimiento a la hermana República de Bolivia. Lamento mucho que en dicho prólogo el coronel Paul Goubaux haya sido mezquino y evitara conscientemente, en todas sus líneas, dar méritos a los verdaderos artífices y protagonistas de esta joya del arte militar. Los nombres del Libertador Simón Bolívar y del joven general Antonio José de Sucre son omitidos por el coronel francés, quien pretende opacarlos dando todo el crédito a las enseñanzas de Napoleón, como si este se hubiese calzado las botas del futuro Gran Mariscal de Ayacucho para dirigir la obra maestra de Pichincha.

Fue sin duda una omisión deliberada, seguramente obligada por el complejo de superioridad que vive en la mente de algunos europeos para quienes es inconcebible que esta tierra suramericana haya parido dos de los talentos más grandes de la humanidad.

Me imagino cómo debió sentirse el mayor De la Barra al leer aquel prólogo, y lo imagino porque su libro es todo Sucre y es todo Bolívar.

La obra está lógicamente estructurada a la usanza militar y comienza por los antecedentes de la campaña, destacando el papel de Bolívar y la concepción de Colombia como la gran nación que debía presentarse al mundo con un extenso territorio, rica y con una población importante. Luego se adentra en la idea estratégica que desde 1819 Bolívar ya tiene en mente y cómo al presentarse la primera oportunidad, con el pronunciamiento de Guayaquil en 1820, proyecta la llegada del general Sucre un año más tarde a Quito y a Guayaquil. También destaca cómo estos dos genios militares acuerdan una ofensiva combinada sobre dos direcciones de aproximación para liberar a la región de Pasto, enclave sumamente peligroso para la causa republicana. Destaca el papel de San Martín en la contienda y la rivalidad que puso en peligro la campaña entre Perú y Colombia por la posesión del reino de Quito y Guayaquil.

Luego el estudio se adentra en las consideraciones tácticas de la campaña y, de manera precisa, el mayor De la Barra describe la organización para el combate, los diferentes movimientos de aproximación y retirada de los ejércitos en pugna, permitiendo al lector entender la aplicación magistral que hace Sucre de los fundamentos y principios de la guerra. Resalta su explicación de la estrategia aplicada al inicio de la campaña por el general cumanés, para ocupar una "posición central" con la finalidad de derrotar por separado a las fuerzas realistas ubicadas en Quito y en Cuenca.

El área de operaciones es también objeto de análisis y nos presenta la adversidad del espacio geográfico y su influencia sobre la movilidad de los cuerpos armados. Antes de adentrarse a describir la Batalla de Pichincha, expone la conformación de las fuerzas que tomaron parte en la contienda y su forma de combate para finalizar con la narración detallada de los hechos ocurridos los días 23 y 24 de mayo de 1822, donde destaca la

temeridad de Sucre al momento de poner en acción sus planes, así como el heroísmo demostrado por ambos ejércitos.

Concluye con las consecuencias de esta campaña para la causa de la independencia del continente suramericano, resaltando la importancia de la Batalla de Pichincha como la llave que abrió las puertas para afirmar la idea de una tierra libre de coloniaje y dispuesta a labrarse su propio destino.

Así que, apreciados lectores, en este trabajo que acertadamente ha decidido reeditar la Comisión Bicentenario de la Batalla de Pichincha, podrán encontrar todos los pormenores y detalles de esta magnífica campaña militar que comenzó a gestarse en Boyacá, pasó por el triunfo de Carabobo, se consolidó en Bomboná para luego erguirse sobre los "Dos Volcanes" que es lo que en realidad significa el nombre prehispánico de Pichincha en el antiguo lenguaje tzachila.

General de División Frank Alexander Zurita Hernández
Ayudante General del Ejército

Advertencia

Este trabajo debió haber aparecido en la fecha del Centenario de Pichincha, pues fue mi propósito contribuir, siquiera en pequeña forma, a la conmemoración de ese magno suceso de la Independencia de Sudamérica, en el que las armas del Perú jugaron un papel tan brillante como glorioso. Pero circunstancias que por el momento resultaban insalvables, impidieron su publicación, no obstante haber sido autorizada por Resolución Suprema de 9 de septiembre de 1921. Me concreté entonces a publicarlo, fragmentariamente, en la prensa de Lima (mayo de 1922). Aunque mis deseos, por la causa anotada, no fueron del todo colmados, me quedó siempre la satisfacción patriótica de haber cooperado en el momento oportuno —mediante dicha publicación—, a la celebración que hizo el Perú de ese notable hecho que legítimamente pertenece a su historia. La Campaña de Quito la he estudiado en la forma que entiendo deben estudiarse, desde el punto de vista militar, los sucesos del pasado, particularmente cuando ellos se encuentran cubiertos todavía por un velo que no ha rasgado definitivamente la investigación histórica; es decir: primero, reconstituyendo la parte histórica con la fidelidad posible; en seguida, una vez depurados los hechos, esto es, presentados tal como fueron y no como debían haber sido, deduciendo las enseñanzas de carácter militar, que es lo que nos interesa particularmente. En tal concepto este pequeño libro no dejará de ser útil. Quien se interese simplemente por el conocimiento histórico podrá apreciar, a través de sus páginas, la tarea y esfuerzos que tocó desplegar a los hombres del pasado para formar la patria o afianzar la nacionalidad; y a quien importe únicamente el aspecto militar, le será posible anotar, o deducir a su modo, las enseñanzas que informadas en los principios inmutables que rigen la guerra, ha sido dable poner en evidencia. Si en este trabajo que es un simple ensayo sobre un capítulo de nuestra Historia Militar, todavía desconocida o no escrita en gran parte —si impera el buen sentido o si al contrario abundan los errores—, yo mismo no he de poder apreciarlo; por eso lo someto, particularmente en su faz militar, a la censura

del maestro que con sus sabias y pacientes enseñanzas en la inolvidable VII Promoción de la Escuela Superior de Guerra, llevó a nuestro espíritu la clarísima luz de la doctrina francesa —aquella que guio a los ejércitos aliados hacia la victoria— y nos inició en el conocimiento verdadero de la táctica.

La Campaña de Quito (1820-1822)
Estudio histórico militar

Lo que hace de los hombres un gran pueblo
es el recuerdo de las grandes cosas que hicieron juntos
y la voluntad de realizar otras en el futuro.

Renan

Nota preliminar

Los dos prohombres de la revolución sudamericana, Bolívar y San Martín, tenían como objetivo final del grandioso plan de guerra que se habían trazado el Perú, es decir, el centro de los recursos y poderío español en esta parte de las colonias. San Martín deja ver ya claramente este propósito en 1814 cuando escribe a don Nicolás Rodríguez Peña: "Mientras no estemos en Lima, la guerra no se acabará". Bolívar, inmediatamente después de la Batalla de Boyacá, también expone su pensamiento al respecto escribiendo al general Anzoátegui: "Con ella (la Guardia) después que hayamos cumplido nuestros deberes con la patria marcharemos a libertar Quito, y quién sabe si el Cuzco reciba también el beneficio de nuestras armas y si el argentino Potosí sea el término de nuestras conquistas". Ambos generales ven, pues, la guerra con el mismo espíritu clarividente: marchar de teatro en teatro hasta llegar al principal, el Virreinato del Perú, donde se ha de librar la batalla decisiva. Sentada esta premisa, se deduce que para apreciar en toda su importancia las operaciones que tienen lugar en los distintos sectores del vasto teatro de la guerra, es conveniente estudiar cada campaña dentro del conjunto que le corresponde y en conexión con los sucesos que contribuyeron al resultado general. Y como quiera que al éxito de la campaña de Quito, que culmina en Pichincha y da fin a la dominación española en ese territorio, concurren Bolívar por el norte y San Martín por el sur, se impone la necesidad de tratarla dentro de este amplio marco, comenzando por

las operaciones que tienen lugar bajo la Junta Gubernativa de Guayaquil y que constituyen el punto de partida de dicha campaña; operaciones que serán dadas a conocer en forma sumaria, reservando la extensión conveniente solo para las que son conducidas por Sucre el año 1822, con la cooperación de tropas peruanas y colombianas.

I. Operaciones de 1820
Insurrección de Guayaquil. Combate de Huachi

El espíritu revolucionario con tendencias verdaderas a la emancipación, propagado desde 1809 por la Junta de Gobierno de Quito, se mantenía latente en muchas poblaciones del territorio, especialmente en Guayaquil, esperando solo un momento favorable para revelarse. Tal ocasión se presentó hacia el año 1820 en que el conocimiento del desembarco de la Expedición Libertadora en las costas del Perú, el pronunciamiento de Esmeraldas, Tumaco y Buenaventura, y finalmente, las consecuencias derivadas de la Batalla de Boyacá ganada por Bolívar en agosto del año anterior, que permitió al general Santander amenazar la frontera norte de la presidencia de Quito, determinaron a un grupo de oficiales americanos pertenecientes a la guarnición de Guayaquil, entre los que figuraban los peruanos Escobedo, Álvarez, Farfán y Eléspuru, a tramar y llevar a cabo un movimiento revolucionario que estalló en la madrugada del 9 de octubre del citado año, mediante la sublevación del batallón "Granaderos de Reserva" (formado en su mayor parte por soldados cuzqueños), del que era segundo comandante el teniente coronel Escobedo.

Después de los primeros pasos tendientes a la organización de un gobierno provisional, el 8 de noviembre se constituyó definitivamente una Junta Gubernativa que tenía como presidente al poeta José Joaquín Olmedo y como vocales al coronel Rafael Gimena y a don Francisco Roca.

La Junta hizo conocer el movimiento producido a Bolívar y San Martín y procedió inmediatamente a la reorganización de las fuerzas de la guarnición —las que en su mayor parte se habían declarado por la independencia—, a fin de hacer frente a las tropas realistas de Quito. Se llegó así a constituir una división de 1.800 hombres con cuatro cañones que se puso bajo las órdenes del coronel Urdaneta; esta tropa, con más entusiasmo que reflexión, tal vez, salió de Guayaquil y marchó por Babahoyo sobre la capital con la firme intención de atacarla. El general Aymerich, presidente de Quito, al saber el pronunciamiento de Guayaquil y luego el osado avance de los insurgentes, que después de haber sublevado las poblaciones

de Cuenca y Riobamba y capturado un pequeño destacamento realista que se dirigía a este último lugar, ocupaban ya la región de Ambato, reunió apresuradamente unos 1.000 hombres, cuyo mando dio al teniente coronel Francisco González, y los envió a batir a las fuerzas rebeldes.

El 22 de noviembre, realistas y patriotas chocaron en la llanura de Huachi, al sur de Ambato, siendo los últimos completamente derrotados.

González, lejos de marchar directamente sobre Guayaquil a fin de abatir la revolución en su foco mismo, dejó en Guaranda un destacamento de 500 hombres y con el resto de sus tropas siguió a pacificar Cuenca que ocupó sin gran resistencia.

La Junta, a su vez, sin amilanarse por el desastre sufrido en Huachi, organizó de nuevo una pequeña columna que la lanzó hacia Guaranda, creyendo fácil tarea batir al destacamento enemigo situado en este lugar. Pero la suerte de esta segunda expedición no fue mejor que la de la primera, pues el 3 de enero las tropas patriotas sufrieron una sorpresa en las inmediaciones de Guaranda siendo totalmente deshechas.

II. Operaciones bajo Sucre
Campaña de 1821

Los triunfos de las armas realistas en Huachi y Guaranda, a los que todavía se agregó el obtenido por el coronel García, quien derrotó en Jenoi (2 de febrero) al general patriota Valdez que dirigía las operaciones contra la frontera del Norte, habían hecho la situación, en el territorio de Quito, del todo favorable para la causa del rey de España. Parecía ilusorio, por lo tanto, que la Junta pudiese asegurar por sí sola el éxito de la revolución o siquiera mantener esta por tiempo más o menos largo; Bolívar comprendiéndolo así decidió acudir de una vez en su auxilio, para lo cual dispuso que el general Sucre —a la sazón en Popayán reorganizando las fuerzas de Valdez derrotadas en Jenoi— marchase a Guayaquil con 2 batallones y 1 escuadrón (1.000 hombres aproximadamente). Estas tropas se embarcaron en Buenaventura hacia el mes de abril comenzando a llegar al lugar de su destino en la primera decena de mayo.

Una vez en Guayaquil Sucre tomó la dirección de las operaciones. Sus primeros pasos se encaminaron a la organización de las fuerzas militares, al tiempo que solicitaba a San Martín un cuerpo de tropa para que llamase la atención de los realistas por el lado de Cuenca. La actividad y decisión que ponía en todos sus actos, la fe que abrigaba en la causa de la independencia y últimamente la energía y prontitud que desplegó en develar un movimiento contrarrevolucionario encabezado por el coronel López, robustecieron la autoridad y prestigio del general de 27 años e hicieron desaparecer los síntomas de desconfianza o desaliento que, como consecuencia de los desastres anteriores, flotaba en el ambiente de la población.

Mientras Sucre permanecía en Guayaquil entregado a estas múltiples tareas, el presidente Aymerich, libre por el momento de atenciones hacia la frontera del norte, se preparaba activamente para iniciar la campaña contra la provincia rebelde. Situó en Cuenca al coronel González (ascendido a esta clase después de la acción de Huachi) con un destacamento que elevó sus efectivos a 1.000 hombres, en tanto que él organizaba en Quito una división de 2.000; resolviendo luego tomar la ofensiva sobre

Guayaquil, para lo cual ambas columnas se reunirían previamente en la región de Yaguachi, debiendo marchar la de Aymerich por Quito-Guaranda y la de González desembocar a la costa por la quebrada de Cañar.

Sucre, bien informado de este plan y de los movimientos iniciales que le sucedieron, decidió mantenerse en una posición central desde donde, sin dejar de cubrir Guayaquil, maniobraría conforme a las circunstancias. Eligió al efecto Babahoyo —término de la comunicación fluvial con Guayaquil y comienzo de la vía terrestre a Quito—, donde se situó el 7 de agosto con todo su grueso ascendente apenas a 1.200 hombres.

La ocupación de Babahoyo representaba sin duda para el comando patriota una positiva ventaja sobre su adversario, puesto que situado como se hallaba este punto sobre el eje de marcha que precisamente debía seguir la columna Aymerich, quedaba Sucre en aptitud de interrumpir la reunión de este con González, que desembocaría mucho más al sur, y, de consiguiente, poder hacer frente por separado a cada uno de los dos agrupamientos enemigos.

El 12, en efecto, Aymerich aparece a la vista de los patriotas, quienes inmediatamente ocupan las posiciones de Palo Largo, resueltos a detener al enemigo; pero el jefe realista, sorprendido al encontrar ocupado Babahoyo, no intenta el ataque y hace alto de hecho, esperando noticias de González al que había citado recién para el 28.

Sucre penetra desde luego los motivos que inducen al enemigo para detenerse; pero antes de tomar su decisión, también él quiere saber de González, ya que la presencia inopinada de este a su retaguardia le significaría un grave peligro, mucho más cuando sus efectivos reducidos no le permiten distraer un solo soldado para cubrirse en la dirección amenazada. Pone, pues, en actividad su servicio de espionaje y mediante este llega a saber, el 16, que González se encontraba todavía en la sierra y que con toda probabilidad no alcanzaría Yaguachi hasta el día 18.

La situación para el partido patriota se presentaba entonces perfectamente clara. No teniendo que vérselas por el momento más que con el cuerpo de Aymerich, sus esfuerzos tenían que concretarse a destruir este enemigo, el más inmediato y por lo mismo peligroso; batida esta columna, que constituía el grueso de las fuerzas realistas, la maniobra contra González vendría a ser un acto secundario.

Sin embargo, Sucre toma una decisión opuesta, o sea, dirigirse primero contra González. Tal solución, violatoria en principio de las leyes que rigen el arte de la guerra, puesto que abandonaba el objetivo principal para correr en busca de otro objetivo más débil y alejado, se imponía no obstante o por lo menos se justificaba, dada la situación especial de las fuerzas patriotas.

Estas, en efecto, quedaban siempre inferiores en calidad y sobre todo en número, a las tropas de Aymerich, por lo que a Sucre solo le era posible librar una batalla defensiva, compensando de esta manera su inferioridad; batalla que, por otra parte, estaba lejos de producirse en estas condiciones por la manifiesta actitud de Aymerich.

Ahora bien, si Sucre, jugando el todo por el todo, arriesgaba a sus tropas bisoñas lanzándose contra el enemigo que tenía a su frente, podía ocurrir que Aymerich se retirase atrayéndolo al interior, en tanto que González, apareciendo por Yaguachi, quedaba a retaguardia del ejército patriota y le cortaba sus comunicaciones con Guayaquil.

En el fondo, su caso venía a tener mucha similitud con el que se presentó a Bonaparte después de Montenotte. Entonces el Gran Capitán no ataca en primer término a los austriacos, como lo exigía el hecho de constituir estos el núcleo principal enemigo y de la orden misma dada en tal sentido por el Directorio, sino se lanza a destruir primero a los piamonteses; y procede así atento a la consideración de que los austriacos, al ser atacados en primer lugar, pueden retirarse obligando al ejército francés a seguir en su persecución, en cuyo caso los piamonteses, libres como estaban, quedarían en disposición de obrar sobre su retaguardia.

Descartada por todos lados la ofensiva contra Aymerich y no siendo dable que los patriotas continuaran enclavados en sus posiciones, esperando un ataque que solo se pronunciaría cuando las dos columnas enemigas pudieran darse la mano, no quedaba a Sucre más camino que ir en busca de González a quien puede sorprender y oponerle si no efectivos numéricamente superiores, por lo menos iguales.

En consecuencia, la maniobra que pretende ejecutar, y que en parte realiza, será la siguiente: dirigirse rápidamente hacia Yaguachi para sorprender y batir a González, conseguido esto volver al norte y —remontando el río Bodegas— cortar a Aymerich de Guaranda. Piensa Sucre,

y por cierto con sobrada razón, que para entonces el general español se encontrará marchando en dirección de Yaguachi, puesto que con la desocupación de Babahoyo ha desaparecido el obstáculo que le cerraba el paso, en cuyo caso su maniobra podrá tener mejor éxito.

El 16, Sucre ejecuta ostensiblemente diversos movimientos aparentando tomar la ofensiva; pero en la noche levanta su campo y velozmente marcha a Yaguachi que ocupa el 17. El 18 sale al encuentro de González y, como había pensado, el 19 lo sorprende y destruye completamente, causándole 160 bajas y tomándole 600 prisioneros y todo su parque.

Obtenido este éxito, Sucre volvió inmediatamente al norte a fin de poner en práctica la segunda parte de su plan. Aymerich en tanto se adelantaba sobre Yaguachi por la margen izquierda del río Bodegas, ignorante todavía del desastre sufrido por su teniente; mas apenas noticiado de este hecho y luego del avance de los patriotas, contramarchó apresuradamente repasando el río Babahoyo.

Sucre imposibilitado ya por esta causa para ejecutar la maniobra prevista, se lanzó en persecución de los realistas y su vanguardia atravesó también el Babahoyo; pero Aymerich, que se había detenido en sus antiguas posiciones de la Sabaneta para rehacerse, no esperó el ataque de los patriotas y el 24 emprendió definitivamente la retirada, abandonando bagajes y material y dejando el camino regado por dispersos.

* * *

Los resultados de esta corta campaña habían sido, indudablemente, de gran provecho para las armas patriotas. En el orden militar una mitad de las fuerzas enemigas quedaban destruidas y la otra era obligada a internarse a la sierra en completo estado de desmoralización; y como consecuencia, en el orden político, la bandera revolucionaria se afianzaba aumentando la confianza en el triunfo final. Y por lo que respecta a Sucre, que por primera vez actúa como comandante en jefe, esa campaña es la primera confirmación de las condiciones que distinguían al futuro vencedor de Pichincha y Ayacucho.

* * *

Aymerich se había retirado hasta Riobamba donde rehízo sus fuerzas, llamando a la guarnición de Quito y remontando ventajosamente su caballería.

Sucre, que ocupaba la Sabaneta, ha aumentado también sus efectivos dando de alta a muchos de los prisioneros tomados en Yaguachi y que voluntariamente abrazaron la causa de la independencia. Piensa ahora marchar a Mocha con el fin de interponerse entre el enemigo y la capital, ensayando así por segunda vez la maniobra que después de Yaguachi no llegó a ejecutar.

Envía al coronel Yllingrot con 300 hombres, por la línea del río Zapotal, para interceptar en Latacunga la retirada del enemigo a Quito o amagar esta ciudad; y con el grueso se pone en marcha el 29. Al llegar a Guanujo supo que Yllingrot ocupaba Pujili y que los realistas estaban en Mocha.

No le queda, pues, más recurso que ir en pos del enemigo antes de que se le escape; en consecuencia sigue a Mocha que encuentra ya desocupado y luego en dirección a Ambato por un camino casi paralelo al que llevan los realistas, con la intención siempre de cerrarles el paso a Quito. El 12 de septiembre, por fin, se pone a la vista del enemigo que ha tomado posiciones en la llanura de Huachi, en el mismo terreno donde González obtuviera su triunfo el año anterior.

Sucre las ataca consiguiendo en un principio marcadas ventajas, pero de súbito la numerosa caballería realista carga sobre un flanco de las filas patriotas, introduce el desorden en ellas y termina dando la victoria a sus armas. Apenas si pudo escapar el general con unos 100 hombres y él mismo herido.

* * *

En el campo de Huachi ya fatídico para las armas patriotas, había quedado pues sepultado todo el ejército formado a costa de tantos esfuerzos. Sin embargo, las consecuencias de ese desastre, para la causa de la revolución, no fueron de mayor trascendencia, porque Aymerich no supo explotar su victoria marchando inmediatamente sobre Guayaquil, que a no dudar la habría rendido a solo su aproximación, completando

así, por otra parte, los resultados estratégicos de la campaña. Lejos de esto, entregó el mando al coronel Tolrá y él se dirigió a Quito a reasumir sus funciones de presidente. Recién a los dos meses, que para los realistas habían trascurrido en una completa pasividad, ordenó a Tolrá que emprendiese nuevas operaciones sobre Guayaquil que otra vez se hallaba en plena agitación.

En efecto, todo este tiempo había sido bien aprovechado por Sucre quien se dedicó a formar nuevas tropas a base de los dispersos de Huachi y del destacamento de Yllingrot, que pudo retirarse a Guayaquil sin ser perseguido, a la vez que reiteraba al Perú su solicitud de auxilios.

A mediados de noviembre el coronel Tolrá, al frente de 1.300 hombres que habían permanecido en Riobamba, marchó por Guarandá hasta la Sabaneta donde se detuvo. Sucre, por su parte, reuniendo las pocas tropas de que pudo disponer, se situó en Babahoyo e hizo proposiciones a Tolrá para un armisticio. El coronel realista mal informado de la verdadera situación de Sucre, que por cierto era bastante crítica, o si lo estaba sintiéndose incapaz de batir a las reducidas tropas independientes y llegar hasta Guayaquil, dio oídos a las propuestas y el 20 de dicho mes firmó un convenio con el comandante de las fuerzas patriotas para la suspensión de las hostilidades por noventa días en las provincias de Guayaquil, Cuenca y Quito; después de lo cual se retiró a Riobamba.

Aunque, como era de esperarse, este acuerdo no fue ratificado por Aymerich, Sucre se había sacudido del peligro que le significaba la presencia de Tolrá y de todos modos ganaba tiempo, que en sus difíciles circunstancias era por el momento lo más necesario, para la preparación de la nueva campaña y la llegada de auxilios tanto del Perú como de Colombia.

Aprovechándose del armisticio de Babahoyo, se continuaron en Guayaquil los preparativos para la campaña de 1822. La Junta de un lado, Sucre de otro, que transmitía por doquier su entusiasmo y mediante su espíritu tenaz vencía todos los obstáculos, el general La Mar, que había sido nombrado comandante de armas de la plaza, y por fin el coronel Luzurriaga enviado por San Martín, trabajaron incesantemente en la reconstitución de las fuerzas militares y organización de las defensas de la ciudad.

Por esta misma fecha, el Protector del Perú, libre ya de las atenciones que le había demandado el sitio del Callao, cuyas fortalezas capitularon en el mes de septiembre, tenía resuelto el envío de una división al Ecuador para cooperar a la independencia de este territorio.

III. Campaña de 1822

Situación general

Hacia el mes de enero de 1822, año en que se realiza la campaña que culmina con la Batalla de Pichincha, la situación era la siguiente:

Realistas

En Cuenca	Un destacamento de 1.000 hombres —infantería y caballería— bajo las órdenes del coronel Tolrá.
En Pasto	Una división de 2.000 al mando del coronel García cubriendo la frontera del Norte.

En Quito se encontraba el nuevo presidente general Murgeon, llegado a fines del año último, con el Cuartel General y una guarnición de tropas españolas a base de las cuales se organizaban nuevas unidades.

Finalmente, una escuadrilla formada por las fragatas "Prueba" y "Venganza" y la corbeta "Alejandro", se dirigía de Panamá a bloquear Guayaquil.

Patriotas

En Popayán (Nueva Granada)	Una división al mando del general Torres, cubriendo la concentración de tropas para la campaña sobre Pasto.
En la región de Guayaquil	El general Sucre con tropas de Colombia y Guayaquil, próximo Guayaquil a partir al Sur.

En la marcha hacia Saraguro	El coronel Santa Cruz con la división auxiliadora peruana, salida de Piura.

Por el norte, Bolívar, después de haber triunfado en Carabobo, reduciendo a los realistas de Venezuela a Puerto Cabello, se dirigía a Nueva Granada para conducir la Campaña de Pasto.

Por el sur, San Martín era dueño de Lima y de toda la costa al norte. Los realistas ocupaban el valle de Jauja y dominaban todo el sur del territorio y el Alto Perú.

Proyectos de operaciones

La resistencia de la Junta de Guayaquil para declarar la incorporación a la provincia a la Gran Colombia, era asunto que preocupaba vivamente al Libertador porque contrariaba los proyectos que tenía concebidos en lo tocante a la extensión geográfica, desarrollo comercial y seguridad en lo futuro del poderoso Estado que había fundado[1] con los territorios de Venezuela y Nueva Granada (hoy Colombia y Ecuador).

Después de la Batalla de Carabobo, su primer impulso fue, pues, marchar a Guayaquil con un cuerpo auxiliar y tomar en persona la dirección de las operaciones por este sector, al tiempo que obligaría a la Junta a declararse por la nueva República; pero dificultades que se le presentaron, como la falta de buques de guerra para convoyar los transportes, le hicieron desistir de su propósito, resolviéndose definitivamente a conducir él la campaña sobre Pasto, en tanto que Sucre continuaría al frente de las operaciones por el sur.

En consecuencia, el plan por seguir para la campaña libertadora del Ecuador sería, en sus grandes lineamientos, el siguiente: el Libertador

1 La ley que lo creaba fue dada por el Congreso reunido en Angostura el 17 de diciembre de 1819. La república se dividiría en tres grandes departamentos: Venezuela, Quito y Cundinamarca, teniendo por capitales las ciudades de Caracas, Quito y Bogotá, respectivamente. La capital de la república sería designada posteriormente debiendo llevar el nombre de Bolívar.

con el Ejército del norte (concentrado en Popayán) atacaría Quito penetrando por Pasto, mientras Sucre con el Ejército peruano-colombiano lo haría por el sur.

Pero como quiera que hasta entonces el enemigo parecía tener concentrada una fuerte resistencia en la frontera del norte (División García), contando sobre todo con las poderosas defensas naturales de la línea del Juanambú, Bolívar se limitaría por lo pronto —y caso, desde luego, de no ser posible una vigorosa ofensiva que desde el primer momento le abriese camino— a fijar estas tropas con el objeto de impedir que el comando realista pudiera sacar parte de ellas para trasladarlas al sur y oponer a Sucre efectivos superiores. Dentro de estas características, en que el teatro del sur aparece como el principal, esto es donde debe buscarse la decisión, se va a desarrollar el plan de campaña.

Concentración en Saraguro y constitución del Ejército del Sur

Marcha de la división colombiana. Cuando el general Sucre tuvo conocimiento oficial de que se ponía a su disposición la división peruana acantonada en Piura, envió a este lugar al coronel Heres con instrucciones para acordar con el coronel Santa Cruz, comandante de la división, los movimientos preliminares tendientes a su reunión con la colombiana.

Dominando los realistas por el Sur hasta la provincia de Cuenca, con un grueso importante en esta ciudad, para los patriotas no era acertado emprender operaciones combinadas, en el sentido de que mientras Sucre amagara un flanco o la retaguardia de este enemigo, por ejemplo, Santa Cruz pudiese atacar por el sur o viceversa, en razón de la naturaleza del terreno y las considerables distancias que mediaban por tierra entre la frontera de Macará y la región de Guayaquil, que no les permitiría guardar entre ambos el enlace correspondiente; de aquí la necesidad de efectuar primero la reunión de los dos agrupamientos, y así lo acordó Sucre designando para el efecto la región de Saraguro.

El 22 de enero de 1822 la división colombiana dejó sus acantonamientos de Samborondón y pasando por Guayaquil se dirigió a Machala donde estuvo reunida el 28. De este punto siguió por Pasajes y Yuleg al

pueblo de Saraguro que alcanzó el 9 de febrero, conjuntamente que la vanguardia de la división peruana.

Se componía la división de los batallones Albión, Yaguachi y una fracción del Paya (3 compañías) enviado últimamente por Bolívar, el escuadrón "Dragones" y 4 piezas de campaña: en total 1.200 hombres.

En Saraguro procedió Sucre a la organización del Ejército de operaciones y a preparar lo conveniente para la iniciación de la ofensiva[2].

Marcha de la división peruana. Hacia la primera decena de enero salió de Piura la división Santa Cruz designada por el gobierno de la República para cooperar en la campaña. Estaba formada por los batallones Piura N.º 4, Trujillo N.º 2 y los escuadrones "Cazadores del Perú" (1.º y 2.º) y "Granaderos a Caballo" (argentino), haciendo un efectivo total de 1.622 hombres.

El 20 de dicho mes atravesó la frontera por Macará y continuó en dirección a Loja por la ruta Caramaranga-Conzamaná, salvando la distancia entre Macará y Loja (170 kilómetros) en buenas condiciones materiales y ante el entusiasmo de las poblaciones del tránsito.

De Loja, punto que alcanzó el 2 de febrero, continuó a Saraguro donde su vanguardia ingresó el 9, o sea, el mismo día que las tropas de Colombia.

2 El orden de batalla del Ejército lo daremos posteriormente en razón de las modificaciones que se fueron introduciendo en el curso de las operaciones hasta antes de la batalla.

IV. Ofensiva sobre Quito

Ocupación de Cuenca

El coronel Tolrá, que como se sabe ocupaba Cuenca, fue informado de la marcha de Sucre hacia Saraguro cuando este acababa de pasar por el pueblo de Yuleg. Creyendo que se trataba de un simple destacamento desprendió una columna de sus tropas para batirlo; pero noticiado pronto de que era toda la división colombiana la que había desfilado y luego de su reunión con Santa Cruz, la hizo contramarchar y él mismo abandonó Cuenca retrocediendo apresuradamente al norte. Esta ciudad fue ocupada por los patriotas el 21 de febrero.

En Cuenca permaneció el Ejército por más de un mes. Durante esta larga estadía, cuyo verdadero móvil estudiaremos en su oportunidad, Sucre aumentó los efectivos de la división colombiana con individuos reclutados en el lugar y se proveyó de mayores recursos para la movilidad.

El 28 de marzo, por fin, continuó el Ejército su avance. Al llegar la vanguardia a Guamote (a 165 kilómetros de Cuenca) y mientras el grueso se encontraba todavía a una jornada atrás, el coronel Tolrá que ocupaba el Cañón, se lanzó con todas sus fuerzas a atacarla; pero la vanguardia sin esperar el ataque, se replegó a Alausi, siendo perseguida hasta Ticsán que el enemigo ocupó el 14 de abril.

El 15 avanzó el ejército patriota, ya reunido, resuelto a presentar la batalla; mas los realistas se retiraron hacia Riobamba, cubriéndose con su caballería en Guaslán. Sucre entonces continuó sobre este punto, estacionando el 20 en Punín —10 kilómetros al sur de Riobamba— después de rechazar con la caballería a los escuadrones enemigos que fueron obligados a repasar la quebrada de San Luis.

Combate de Riobamba (21 de abril)

El enemigo se había posesionado de las alturas de Santa Cruz, sobre el camino de Riobamba, con el propósito de cerrar el pasaje a este lugar por la quebrada de San Luis.

Considerando difícil forzar el paso, lo que solo era posible mediante un ataque de frente a las alturas, Sucre quiso desbordarlas por uno de sus flancos. Al efecto, prescribió al escuadrón Dragones formar una cortina delante del frente enemigo a fin de cubrir el movimiento del grueso, y con este se desvió algunos kilómetros al oriente, consiguiendo atravesar la quebrada por el Pantús. Una vez al otro lado, Sucre dictó sus disposiciones para el ataque, en la presunción de que los realistas continuaran manteniéndose en las alturas; pero enterado de que estas habían sido abandonadas, cosa que efectivamente realizó Tolrá apenas supo el pasaje de los patriotas, envió a la caballería a reconocer Riobamba y a "provocar al enemigo al combate", según expresión del parte oficial.

El coronel Ibarra, comandante de la caballería, se puso en movimiento con sus escuadrones, haciendo adelantar a Granaderos que tomó por la izquierda de la columna. Al desembocar el escuadrón de la parte cubierta del terreno, se encontró de improviso con toda la caballería realista (400 hombres) que cubría la retirada del Ejército, cuyos últimos elementos salían de la ciudad. Los Granaderos, que sumaban solo 96 hombres, sin reparar en el número de los contrarios y con una audacia rayana en temeridad, se lanzaron a la carga, penetrando y desorganizando en un momento las filas enemigas y persiguiendo a los jinetes hasta el punto donde estaba su infantería en que fue ron recogidos por esta.

El mayor Lavalle —que era el jefe del escuadrón— temiendo con sobrada razón recibir el fuego de la infantería hizo alto, reorganizó su tropa y por último dio media vuelta.

Pasados los primeros efectos de la sorpresa y saliendo por fin de su estupor, los jinetes realistas se reorganizaron y a su vez el coronel Tolrá, poniéndose a la cabeza de ellos, cargó sobre el escuadrón patriota que desfilaba ordenadamente en columna de pelotones.

Lavalle que seguía con atención el movimiento del enemigo, dejó avanzar a los escuadrones hasta una distancia suficiente, y entonces, rápido como una centella y como Páez en Queseras del Medio, dio también media vuelta, entró en batalla y ordenó la carga, siendo en este preciso instante reforzado su movimiento por el resto de la caballería

que avanzaba al galope amenazando un flanco de la formación enemiga. Las fracciones realistas del centro llegaron hasta el choque y animadas por el ejemplo de sus oficiales se sostuvieron con denuedo, pero las otras fueron arrolladas y todas puestas en fuga por segunda vez, perseguidas ahora por uno de los escuadrones peruanos de Cazadores. En uno y otro encuentro los realistas habían tenido 55 muertos entre los que se contaban 2 oficiales.

Este primer encuentro realizado casi a la vista de ambos ejércitos, había levantado, por cierto, el nivel moral de los soldados que luchaban por la causa de la Independencia en tanto que acabó de deprimir el espíritu, ya bastante abatido, de los que sostenían las banderas del rey de España.

Y es por esta misma causa que conviene fijar la atención sobre determinado aspecto de la acción táctica, a saber, la decisión tomada por el comandante del escuadrón de asumir por sí solo la tarea de empeñar el combate contra fuerzas de un efectivo tres veces mayor que las suyas. Esta decisión que a primera vista podría tacharse como demasiado imprudente, puesto que se trataba de llevar a cabo un acto cuyos resultados tenían que ser definitivos, es decir, la derrota o la victoria, siendo esta última difícil de vislumbrar por la enorme desproporción de efectivos, no ha sido así sin embargo, y, al contrario, se deduce que ella fue impuesta por la situación.

Efectivamente, el escuadrón patriota, que dicho sea de paso ha marchado sin hacerse cubrir y desligado del resto de la columna que seguía por otro itinerario, aparece de súbito a la vista y a poca distancia de la caballería enemiga que se encuentra en formación de combate y como tal en guardia. En estas condiciones, detenerse o dar media vuelta, conformándose a lo sumo con haber constatado su presencia o reconocido sus fuerzas, habría significado —como bien lo reconoce Lavalle en un documento al respecto—, la pérdida del escuadrón que indudablemente se habría echado encima al enemigo.

De consiguiente, *la sorpresa* —aunque obtenida por obra del azar según puede inferirse— tenía que ser llevada adelante, precisamente como medio de evitar que más bien esa sorpresa la sufriera el escuadrón; y es así entonces que Lavalle, apreciando la situación con este

rápido golpe de vista, toma su decisión de lanzarse sobre el enemigo, para lo cual pide a sus hombres, de cuya plenitud moral está cierto, lo único que por el momento era dable: valor llevado a la audacia y audacia empujada hasta la temeridad.

Si en el primer acto del combate el escuadrón deja ver claramente su arrojo, en el segundo se aperciben no solo estas cualidades sino también una disciplina a toda prueba y un admirable equilibrio moral, como significa el hecho de transformar bruscamente el movimiento de retirada en ataque, no obstante sentir a sus espaldas el galope de los caballos enemigos.

A este respecto interesa decir que por la época sucesos de esta clase no eran desconocidos, constituyendo hasta cierto punto un procedimiento táctico que se le designaba con el nombre de "falsa retiradas", como lo atestiguan en las mismas guerras de la Independencia las acciones de Queseras del Medio y Zepita. Pero, como se comprende, su buen éxito residía en el sentimiento de disciplina del soldado que fuera capaz de hacerle acallar todo instinto de conservación, traducido por lo menos en la vacilación de volver contra el enemigo que se precipita sobre sus espaldas.

En resumen, y como último análisis, la acción que estudiamos pone en evidencia principalmente el alto valor de los factores morales y lo que ellos importan para el combate cuando son bien explotados.

El Libertador, apreciando con justicia la distinguida conducta del escuadrón patriota, le confirió posteriormente el título de "Granaderos de Riobamba".

Continuación de las operaciones sobre Quito

El presidente de Quito, general Murgeon, había instruido al coronel Tolrá en el sentido de que no debía comprometer la batalla mientras no tuviese la seguridad de vencer; terminando por último de prescribirle la desocupación de Alausi y su repliegue a la capital, no obstante haberlo ya reforzado con todas las tropas disponibles de Quito. De aquí, pues, que hasta entonces los movimientos del jefe realista fueran de repliegue; de Riobamba pasó a situarse a Machache.

Durante este período de las operaciones, Tolrá renunció el mando siendo reemplazado por el coronel López; igualmente el general Aymerich se había hecho cargo otra vez de la presidencia de Quito por muerte de Murgeon, y por último, otros sucesos de importancia habían hecho más favorable la situación de la guerra para los patriotas, si bien ellos no influyeron, en un principio, en las decisiones de Sucre porque este los ignoraba.

En efecto, el general La Mar, que como es sabido desempeñaba la comandancia de armas de Guayaquil, aprovechándose de sus antiguas relaciones de amistad con los jefes realistas, había trabajado incesantemente hasta conseguir que las fragatas "Prueba" y "Vengaza" y la corbeta "Alejandro" que bloqueaban el puerto, fueran entregadas a los patriotas por el comandante de la escuadrilla capitán Villegas. Finalmente, Bolívar había librado por el norte la Batalla de Bomboná (7 de abril), que aunque no fue decisiva consiguió el fin estratégico propuesto de fijar a la división García, impidiéndole que pudiera reforzar a las tropas del sur que operaban contra Sucre.

Mientras los realistas continuaban su retirada en la dirección de Machache, el ejército patriota, después de la acción librada por la caballería, ocupó Riobamba hasta el 29 de abril en que siguió a Ambato y luego a Latacunga que alcanzó el 2 de mayo. En este punto se incorporó al ejército el batallón Alto Magdalena, enviado por Bolívar; anteriormente lo había hecho en Alausi la fracción que restaba del Paya, de suerte que estos refuerzos aumentaban los efectivos de la infantería en unos 800 hombres.

En Latacunga permaneció el ejército hasta el 12 en que continuó su marcha por el camino de Limpiopungu, al oriente del camino principal a Quito. Se proponía Sucre con este movimiento caer sobre la línea de comunicaciones del enemigo que en esos momentos ocupaba las fuertes posiciones de Jalupana y Viudita, situadas al norte de Machache y dominando precisamente el camino que conducía a la capital.

El 16, después de haber pernoctado en las heladas faldas del Cotopaxi, por donde seguía el camino de Limpiopungu, descendió al valle de Chillo, acampando en el pueblo de este nombre, situado a 20 kilómetros al sureste de Quito. Pero no obstante las precauciones adoptadas por Sucre

para mantener el secreto del movimiento y darle los caracteres de sorpresa que eran indispensables, los realistas descubrieron a tiempo la nueva dirección tomada por el ejército patriota, de suerte que cuando este ocupó Chillo, aquellos se habían ya replegado hacia Quito, ocupando posiciones en las alturas de Puengasi que separan la meseta de Quito del valle de Chillo.

Un correo interceptado por las avanzadas patriotas hizo saber a Sucre que el enemigo esperaba refuerzos de la división de Pasto. Así, pues, deseó presentar la batalla cuanto antes, para lo cual juzgaba necesario pasar previamente a la llanura de Turubamba, es decir, al oeste de las posiciones de Puengasi. El movimiento, que venía a ser una marcha de flanco, se ejecutó el 20, tocando a la infantería peruana proteger el pasaje del grueso.

Como el partido realista no manifestara intenciones de atacar ni tampoco lo intentase Sucre porque su deseo era combatir en la llanura que ocupaba, avanzó el ejército hasta Chillogallo (10 kilómetros al sur de Quito) donde estacionó en la tarde del 21, a la vista del enemigo y después de un tiroteo entre los elementos avanzados de ambos bandos.

En esta situación de mutua expectativa y separados tan solo por un kilómetro de distancia, permanecieron los dos ejércitos hasta el 23 en que Sucre, convencido de que el enemigo persistía en mantenerse a la defensiva en sus posiciones, las que por otra parte él estimaba difíciles de atacar, considerándolas "impenetrables", decidió ejecutar nuevamente una maniobra por el estilo de la anterior, trasladándose a la llanura de Añaquito (inmediatamente al norte de la capital), donde al tiempo que quedaba colocado a retaguardia del enemigo e interrumpiéndole sus comunicaciones con Pasto, tendría un terreno favorable para la acción eficaz de su caballería.

Dictó, en consecuencia, sus órdenes para levantar el campo a la caída de la tarde e iniciar el movimiento en la noche. Pero como los dos únicos caminos que conducían a la ciudad, y por los que solo se podía ir a Añaquito, se encontraban dominados por las colinas de Puengasi, el de la derecha, y por la altura fortificada del Panecillo el de la izquierda, debiéndose todavía franquear un curso de agua, acordó tomar una senda

que seguía por la faldas orientales del Pichincha y por la que iría a caer directamente a Añaquito[3].

Tal es, pues, la situación a la que han llegado los contendientes el día 23 de mayo, víspera de la batalla.

---

3 En el libro *Anales del Departamento de La Libertad,* del doctor Rebaza, puede leerse la siguiente versión que como episodio no deja de ofrecer algún interés, por más que ella no guarde relación con otras informaciones en que se anota que el general Sucre mandó practicar con antelación algunos trabajos de reparación en la ruta elegida. Dice el doctor Rebaza —consignando la versión tal como le fue suministrada por el mismo actor—, que el coronel lambayecano don Sebastián Fernández, entonces teniente en uno de los cuerpos de la división peruana, guio al ejército por una senda mucho más corta que la que en un principio se había acordado tomar y que aun las tropas empezaron a seguir la misma que él conocía, por haberla utilizado con motivo de ciertos negocios a que se dedicara anteriormente en Quito.

V. Observaciones sobre la concentración en Saraguro y la conducción de las operaciones hasta Chillogallo

Patriotas

Cuando queda definitivamente acordado el plan de campaña, en el que correspondía al Ejército peruano-colombiano las operaciones al sur de Quito, que son los principales, Sucre ocupaba la región de Guayaquil mientras Santa Cruz se encontraba todavía en Piura. En estas condiciones, trazar un plan para que ambos agrupamientos maniobrasen separadamente, siguiendo cada uno su línea de operaciones propia, pero convergiendo al mismo objetivo que lo constituiría el Ejército realista del sur (conservando su denominación de entonces), era sin duda posible bajo el punto de vista estratégico; puesto que dividido como se hallaba este Ejército, teniendo una fracción en Quito y otra más o menos igual en Cuenca, podía ser fácil batirlo comenzando por esta última.

¿Pero la ejecución táctica respondería eficazmente a esa concepción? Ciertamente que no, porque para ello era menester, ante todo, centralizar un mando superior que pudiese coordinar los movimientos de ambas divisiones en vista del objetivo común.

Y cosa era esta difícil de obtener, porque a ello se oponían no solo las grandes distancias que mediaban entre uno y otro sector —aun considerando a Santa Cruz ya al otro lado de la frontera—, y la naturaleza misma del territorio, profundamente quebrado, con poblaciones escasas y pobres de recursos y caminos de ordinario malos, cuando no impracticables, sino también la organización rudimentaria de las dos pequeñas divisiones que aisladamente no representarían fuerza ofensiva apreciable, al tiempo que se hallarían imposibilitadas de asegurar entre ellas, a través de ese territorio, el enlace correspondiente.

Resultaba, entonces, la necesidad de reunir previamente a ambos agrupamientos: forjar primero el instrumento, constituyendo una unidad eficiente capaz de llevar a cabo operaciones de amplitud, y luego proceder a su empleo. Sucre lo comprende así y este acto constituye la primera parte de su plan.

¿En qué punto efectuar la reunión? Con mucha meditación y en términos que consultan la situación del enemigo, el terreno y la situación y medios de que disponen cada una de las divisiones que van a formar su Ejército, designa la región del pueblo de Saraguro.

Este lugar, en efecto, se encuentra a 175 kilómetros de Cuenca, punto más avanzado que ocupa el enemigo; presenta adelante una serie de quebradas y cursos de agua fáciles de ser defendidos en el caso, aunque improbable, de un ataque del norte; cubre las comunicaciones con la costa, por Machala, y al sur con Loja, que en caso necesario puede constituir una base en lugar de Guayaquil, y, por último, ofrece a sus espaldas una región con bastantes recursos por lo mismo que la guerra no ha llegado a ella.

A la acertada elección hay que agregar el cuidado que se pone en los detalles de la ejecución, traducido en el hecho singular de que ambas divisiones alcancen Saraguro el mismo día.

La segunda parte del plan de operaciones contempla la ofensiva sobre Quito, tomando como primer objetivo las fuerzas realistas de Cuenca.

El ejército ocupa este lugar el 21 de febrero y en él permanece —al tiempo que el enemigo se retira al norte, hasta el 28 de marzo en que recién continúa su avance. ¿Por qué esta larga permanencia dando a entender que Sucre conduce una ofensiva floja o que simplemente ha perseguido un objetivo geográfico?

La necesidad de disciplinar las últimas altas, de dar a las tropas el descanso conveniente y, en fin, de proveerse de elementos de movilidad y otros recursos, exigía una detención de algunos días en la ciudad, pero solo de algunos días; porque un tiempo mayor significaba dejar al enemigo en completa libertad para seguir retirándose, recibir refuerzos (como efectivamente sucedió), u organizar una resistencia seria hacia al norte.

Estudiando la cuestión dentro de este orden de causas, no es posible, pues, hallar las razones que tuvo el comando para prescribir esa larga permanencia del ejército en Cuenca. En consecuencia, habrá que buscar los motivos en el campo político, ya que pasar por alto la investigación al respecto, sería dejar en pie el cargo más o menos grave que hasta ahora puede resultar contra el comando por esa falta de rapidez en las operaciones, precisamente en circunstancias que ella se imponía con más

urgencia ya que se tiene al frente un adversario cuyos movimientos son de repliegue.

Conforme expresamos anteriormente, Bolívar perseguía al tiempo que la liberación de Quito del poder español, la anexión de Guayaquil a la Gran Colombia como medio de asegurar para lo futuro la extensión y preponderancia política y comercial de la poderosa República. Esta pretensión encontraba fuertes resistencias tanto en la masa de la población como en el seno de la misma Junta, en la cual estaban divididos las opiniones más bien entre la independencia absoluta de la provincia, que patrocinaba Olmedo, y su incorporación al Perú (de cuyo Virreinato había dependido en lo eclesiástico y militar hasta el momento de la revolución), idea a la que se inclinaban Roca y Gimena, arrastrando tras sí gran parte de la opinión pública.

Entre las instrucciones que llevó a Guayaquil el comandante de las tropas auxiliares, figuraban pues, en primer término, las de influir en el ánimo de la Junta para que esta declarase la incorporación de la provincia a Colombia; pero como en breve Sucre se diera cuenta que el sentir de los guayaquileños era contrario a los propósitos del Libertador, sentir que no pudo ser modificado no obstante la activa propaganda que hicieran con aquel fin determinados elementos, dejó de lado esta parte de las instrucciones, concretándose, como se ha visto, a las de orden militar[4].

Empero, en los días que Sucre inició las operaciones sobre Quito, la Junta recibió una enérgica comunicación de Bolívar (fechada en Cali el 19 de enero) para que esta se decidiese de una vez a declarar que Guayaquil formaba parte de Colombia y en consecuencia que reconocía su gobierno. Justamente alarmada por la actitud del Libertador, la Junta recurrió al gobierno del Perú bajo cuya protección se había puesto. El Consejo de Estado peruano acordó entonces instruir al general La Mar para que retirase la división Santa Cruz hasta la frontera, caso de que la Junta accediera a las pretensiones de Bolívar, o prestase su apoyo a la misma si estaba resuelta a hacer respetar la independencia de la provincia. ¡Triste momento para la causa gloriosa en que estaba empeñada la América!

4 Sucre según las instrucciones del Libertador “debería respetar al gobierno de Guayaquil, pero no reconocerlo”.

Cuando por esta circunstancia la situación se presentaba gravísima, dejando hasta entrever la amenaza de una guerra entre el Perú y Colombia, surge la figura de San Martín que dando muestras de su ponderación y amor bien entendido a la libertad, la conjura mediante la resolución de hacer que Santa Cruz continúe la campaña bajo la órdenes de Sucre (12 de marzo).

Como estos sucesos tienen lugar casi en los primeros días del ingreso a Cuenca, es de estimarse que el prolongado alto del ejército patriota en esta ciudad ha obedecido a los incidentes referidos. Explicada así la causa, queda por lo tanto, como única evidencia, la relación íntima que existe entre la guerra y la política, y de consiguiente sus derivaciones o reflejos sobre la conducción de las operaciones.

A partir de Cuenca la ofensiva ya es franca; no desde luego con la resolución que hoy, por ejemplo, sería dable exigir, pero sí dejándose ver que se busca la batalla, como lo confirma las disposiciones que toma el comando para el ataque de las alturas de Santa Cruz y luego el reconocimiento que hace practicar sobre Riobamba y que motiva el combate del 21 de abril.

Al ocupar Latacunga y saber que los realistas se mantenían en las posiciones de Jalupana y Viudita, dominando completamente el camino principal a Quito, que hasta entonces constituye el eje de la línea de operaciones de los patriotas, Sucre resuelve tomar el camino oriental de Limpiopungu por donde vendrá a caer a retaguardia de aquellas posiciones; y a continuación, cuando el enemigo ha retrogradado hasta las alturas de Puengasi y las mismas goteras de la ciudad, decide faldear el Pichincha para salir al campo de Añaquito, nuevamente a retaguardia de los realistas.

He aquí la parte de la campaña que ofrece mayor interés y en la que conviene, por lo tanto, estudiar esta cuestión perfectamente marcada: ¿cuál ha sido el fin perseguido por el comando uno y otro movimiento?

En su parte oficial dice Sucre, refiriéndose a la marcha por Limpiopungu, "que fue necesario excusar los inaccesibles pasos de Jalupana y Viudita"; y al hablar del movimiento por el Pichincha, "que resolvió colocarse en Añaquito que es un mejor terreno y que lo ponía entre Quito y Pasto".

Siguiendo la letra de este documento, que dicho sea de una vez es poco explícito, parece deducirse que el propósito del comando fuera —empleando sus mismos términos— de excusar tan solo al enemigo a fin de poder dirigirse con libertad a Quito, o simplemente de sacar al mismo de sus posiciones; y entonces, al aceptar esta conclusión, habría que convenir que el comandante del ejército patriota estaba influenciado o profesaba todavía las antiguas ideas sobre arte militar en que se tomaba por objetivo ciudades, pretendiendo rendir al enemigo con la posesión de estas, o que se asignaba al terreno un valor tan excesivo que iba en desmedro de los otros factores de la lucha, considerándolo casi como un fin y no como un medio; y de allí que a las posiciones del enemigo llamadas de ordinario "inexpugnables", en atención a que ofrecían obstáculos más o menos grandes, se le respondiese con la elección de otras del mismo género, de tal suerte que la batalla venía a producirse por acto involuntario antes que voluntario del jefe y ya cuando se habían agotado todos los medios de diversión o amenaza en torno de las posiciones enemigas. Es decir, pues, la práctica de la estrategia de nominada "conservadora", pero que ya Napoleón había echado por tierra desde sus primeras campañas.

Sin embargo, si se estudian las consecuencias por derivarse de estos movimientos, tal como lógicamente podía y tenía que haberlas apreciado el comando, dado su conocimiento acerca de la situación del enemigo y de la naturaleza del territorio, al tiempo que se tienen presentes las ideas evidenciadas ya por Sucre en la conducción de las operaciones anteriores, resulta sin duda que la letra del parte oficial a que nos referimos no traduce su verdadero espíritu, el cual no es otro que ir a la batalla y empleando para esto los procedimientos especiales que le sugiere —o mejor dicho que le impone— el terreno abrupto en que opera.

Sucre, en efecto, al tomar el camino de Limpiopungu, que después de faldear el Cotopaxi y atravesar el valle de Chillo desemboca sobre el camino principal a Quito, un poco al sur de esta ciudad, venía por fuerza a caer sobre la línea de comunicaciones del enemigo y a una distancia media entre las posiciones ocupadas por este y la capital. La consecuencia inmediata de tal acto sería, pues, el combate librado por Sucre, sea cayendo por sorpresa sobre el realista o sea esperando al mismo sobre

el camino si este, prevenido a última hora, adoptaba la única solución posible de abrirse paso hacia la ciudad.

Presumiendo así las consecuencias de este movimiento, Sucre no iba a pensar jamás en dirigirse a Quito dejando tras sí intacto al enemigo. De otro lado, si el realista descubría a tiempo la marcha de los patriotas, no era nada improbable que se replegara sobre su base, y en este caso Sucre obtendría también un resultado favorable como era la posesión, sin combatir, de todo el territorio de Machache.

La concepción de Sucre ha sido, pues, acertada y lejos de aparecer en ella signos de esa estrategia a que nos hemos referido, se descubre al contrario las características de la maniobra por retaguardia, lo que prueba que guiaba en mucho su espíritu por las enseñanzas de Napoleón.

La actitud que toma el realista de replegarse hacia la capital, cuando descubre el movimiento de su adversario, no permite a Sucre más que obtener el segundo resultado; pero como persiste siempre en ir al combate, toma posiciones, sucesivamente, en la llanura de Turubamba y en Chillogallo, esperando que el enemigo venga al ataque.

¿Por qué esta decisión de dejar ostensiblemente al enemigo la iniciativa del ataque?

Sucre la explica diciendo que las posiciones ocupadas por los realistas eran "impenetrables", de donde se infiere que él quería el combate en el llano o mejor dicho en su terreno.

Hoy la teoría de guerra no admite tal escuela. La instrucción de las tropas, en especial de la infantería, el poder del armamento y el enlace o concurrencia de todas las armas hacia un mismo objeto, hacen que la acción táctica —único fin de todo plan— pueda producirse en cualquier terreno y a despecho de cualquier obstáculo: ¡dominar el terreno y no dejarse dominar por él! Pero como estudiamos la campaña teniendo presentes los métodos de combate por entonces en uso, la constitución real de ambos Ejércitos y tratando de situarnos, sobre todo, "en las mismas condiciones de tiempo y lugar en que se desarrollaron los hechos", resulta que la razón aducida por Sucre se amparaba, por decirlo así, en los procedimientos tácticos de la época, consecuencia a su vez del armamento en uso, y en la misma organización de las

tropas; de donde aparece —conforme veremos al tratar esta cuestión en su oportunidad— que la infantería no era capaz de producir grandes esfuerzos y que la caballería, al contrario, estaba llamada a jugar un papel preponderante en la batalla misma, por lo cual precisaba moverla en un terreno aparente.

Convencido, por fin, Sucre de que la batalla no se produciría en las condiciones por él deseadas, puesto que el enemigo no sacaba un pie de sus posiciones, resuelve trasladarse al campo de Añaquito, que queda al norte de la ciudad y por consiguiente a retaguardia de los realistas, para obligarlos de esta suerte a salir de sus posiciones y combatir en el terreno que él quiere.

Piensa Sucre, y así es en realidad, que alcanzando Añaquito el combate vendría a ser inevitable, porque los realistas al darse cuenta de que los patriotas se encontraban a sus espaldas e interrumpiendo el camino a Pasto que constituía su única línea de retirada y por el que esperaban la llegada de refuerzos, no les quedaría más recurso que abandonar sus posiciones y arrojarse sobre Añaquito; salvo que optaran por capitular o por dirigirse al sur de Quito, extremos estos a que por cierto llegarían difícilmente, ya que no era dable esperar que se entregasen cuando disponían de todas sus fuerzas o que evacuasen la capital para volver a un territorio que podían ya considerar enemigo y que, sobre todo, los alejaba más de las tropas de Pasto.

La maniobra que concibe Sucre es sin duda acertada, pero al mismo tiempo, bastante audaz y como tal su éxito reside en la energía, prontitud y secreto que se pongan en los medios de ejecución, debiendo revestir, en una palabra, todos los caracteres de la sorpresa; de lo contrario el ejército realista que por su situación dispone de la red de caminos y tiene a su favor las distancias, puede detenerlo sobre el mismo Pichincha con débiles fuerzas al tiempo que obstruir su retirada, tanto más cuanto que en esta ocasión Sucre, no ha pensado en tomar ninguna disposición para asegurarla. Y a este respecto bueno es recordar que la primera vez todas las probabilidades de éxito se inclinaban a favor de Sucre, pues no había peligro mayormente sentido que el que se podía derivar de que el ejército realista, al ser prevenido a tiempo, corriese a Chillo e impidiera la desembocadura de los patriotas; mas

en este caso, y al no poder forzar el paso se entiende, quedaba siempre expedita la línea de retirada porque Sucre había tenido cuidado de asegurarla manteniendo a parte de la caballería —mientras se ejecutaba el movimiento—, en la región de Latacunga. Al presente tal medida se imponía también, y ciertamente con mayor fuerza, ya que el ejército debía seguir por un camino casi impracticable y arrancando a poca distancia del enemigo.

Pero sea como fuere, esta maniobra —al igual que las anteriores— está sujeta en su conducción a normas que son dictadas principalmente por la geografía del país en que se hace la guerra. Debiendo efectuarse las operaciones en un territorio de naturaleza abrupta, en que a las altas sierras suceden sin cesar las profundas quebradas, presentando por doquier obstáculos casi invencibles para el paso de un agresor, Sucre no piensa ni intenta jamás estrellarse brutalmente contra las posiciones que en semejante terreno ocupa el enemigo, porque sabe que sus esfuerzos serán excesivos y los resultados por obtener insignificantes, cuando no desfavorables; sino que trata de vencerlas por medios en que arriesgando lo menos obtenga lo más, esto es, cayendo sobre la línea de comunicaciones del enemigo que así se acabará con él de un solo golpe. Y este sello es, pues, el que imprime a todas sus maniobras, desde Yaguachi hasta Añaquito.

Para terminar bueno es referirse, aunque sea en términos generales, a la personalidad militar de Sucre, quien a través de las campañas que acabamos de estudiar pone en trasparencia sus principales características, las mismas que después —en la campaña del Perú de 1824— confirma ampliamente: espíritu organizador, firmeza y energía admirables para ejecutar los movimientos que se propone sin dejarse vencer por los obstáculos; audaz en muchas de sus concepciones, pero imprimiendo a todas un modo propio de obrar. Aunque ha sido educado en la escuela de Bolívar, puede decirse que se descubren en él, más bien, el cálculo y prudencia de San Martín antes que los impulsos que caracterizan la táctica del Libertador, que en este son frutos del genio y que lo inducen, cuando la derrota se lo ha enseñado, a romper con los moldes que se creían clásicos, penetrando muchas veces —como también lo hace Sucre—, en la excelsa escuela de Napoleón.

Mucho antes de que Sucre fuera nombrado para la conducción de las operaciones en el Ecuador, Bolívar había expresado su opinión acerca del joven general, diciendo: "Reúne los conocimientos profesionales de Soublette, el bondadoso carácter de Briceño, el talento de Santander y la actividad de Salón". Esta frase contiene sin duda el mejor elogio de las condiciones que lo distinguían, elogio que es tanto más de apreciarse cuanto que en él se destaca Sucre encarnando el conjunto de cualidades que aparecen aisladas en los generales más sobresalientes de las campañas de Venezuela y Nueva Granada. ¡Ya por entonces el Libertador, con la clarividencia de su genio, había penetrado los futuros destinos del que iba a ser el más glorioso de sus generales y sin disputa el primero —después del mismo Bolívar y San Martín—, de todos los de la América del Sur!

Realistas

El general Murgeon, que desde Quito ejercía el comando superior de las tropas, piensa seguir un plan que puede sintetizarse así: mantener un mínimum de fuerzas en la frontera de Pasto y oponer el grueso al ejército de Sucre que amenazaba por el sur; batido este volver a Pasto para hacer frente a las tropas enemigas de esta dirección.

Para la consecución de su proyecto el general español contaba, en lo tocante al norte, con la ayuda de los pastusos fieles aliados de la causa realista, las formidables defensas naturales de esa región (particularmente la línea del Juanambú), cosas ambas que lo relevarían de mantener, por determinado tiempo, crecidas fuerzas en esta dirección; y en lo que respecta al sur, con la cooperación de la escuadra, que le permitiría bloquear Guayaquil, y de un modo general con el aumento de sus efectivos a cuya formación se había dedicado activamente, ya convocando a las milicias como libertando a los esclavos para enrolarlos. En tales condiciones las tropas situadas en Cuenca al principio del año, constituían solo una vanguardia; y de acá las instrucciones que dio al jefe de esta, el coronel Tolrá, de no comprometer combate sin tener seguro el éxito.

Empero, la defección de la escuadra que el 15 de febrero se entregó a las autoridades de Guayaquil, según es sabido, y muy luego la rápida

e importante concentración de Bolívar en Popayán, quien penetrando precisamente los fines del plan realista apuraba sus operaciones en la dirección de Pasto, habían modificado sustancialmente este proyecto de tal suerte que no fue dable al comando distraer un soldado de las tropas del norte (coronel García) para llevarlo al Sur, ni pensar ya en Guayaquil cuyo bloqueo riguroso habría significado el aislamiento marítimo de la base de operaciones de los patriotas y foco al mismo tiempo de la revolución.

Presentada la situación con caracteres tan graves, resultaba, pues, imposible cumplir los términos en que se había informado el plan, esto es, mantener dentro de la defensiva estratégica la ofensiva táctica. El comando naturalmente lo comprende así; pero lejos de trazarse un nuevo plan que contemplara una defensiva eficiente, por lo menos en vista de retardar el avance del enemigo, aprovechando para ello las favorables condiciones del terreno, se limita a prescribir al coronel Tolrá la desocupación de Alausi y luego simplemente su repliegue hacia Quito, como dando a entender —aunque después los hechos lo desmientan— que quería efectuar la defensa en las proximidades de la capital.

Tal actitud desde luego —que es tomada al azar y sin que obedezca a la consecución de un fin determinado— origina en gran parte esa pasividad que aparece impresa en el desarrollo de las operaciones.

Hasta este punto lo que atañe al alto comando. Veamos ahora lo que respecta a los coroneles Tolrá y López, que no obstante el caso arriba puntualizado, queda siempre margen para un comentario en razón de las situaciones particulares que a ambos les corresponden como comandantes activos del ejército.

A la noticia de la concentración del ejército patriota en Saraguro, el coronel Tolrá se retira de Cuenca hasta el Cañón en cuyo lugar permanece en una actitud de expectativa; y cuando sabe la aproximación de la vanguardia enemiga a Guamote, que marcha a una jornada del grueso, resuelve atacarla para lo cual se dirige sobre ella con todas sus fuerzas. Pero como esta se repliega, el temor de llegar hasta el grueso enemigo hace que detenga su movimiento en Ticsán, volviendo finalmente hacia Riobamba.

Este primer acto del jefe realista reveló sin duda acierto, ya que batir sin demora a la vanguardia enemiga significaba también batir después al grueso: pero en la ejecución desaparece la firmeza que ha informado su concepción, pues se mueve con lentitud y exagerada prudencia, por lo que aquella tropa puede replegarse sin sufrir siquiera el quebrantamiento moral que podía derivarse de una persecución enérgica aunque breve. Obrando con la actividad que el caso requería, es incuestionable que la habría rendido, transformando, tal vez desde este momento, la situación a su favor.

Posesionado en las alturas de Santa Cruz, con el propósito de cerrar al enemigo la entrada a Riobamba, permite que este caiga sobre un flanco de ellas —mediante el aprovechamiento que hace de un pasaje inmediato—, por lo que se ve obligado a abandonarlas; siendo la consecuencia final una retirada súbita y un desgraciado combate de caballería con daño de lo que en sus especiales condiciones era de apreciarse más, es decir, las fuerzas morales. Bien pudo el coronel realista detener a los patriotas por un tiempo largo o dificultarles por lo menos el paso, ṣi con mejor golpe de vista adopta un dispositivo que le hubiese permitido hacer frente a cualquier dirección, alejando así de su espíritu la idea que lo conduce a guardar solo el pasaje principal de San Luis como si el enemigo fuera incapaz de hacer un esfuerzo para arbitrarse otro paso,

Tomado el mando de las tropas por el coronel López, cuyo primer acto saltante es la ocupación de las posiciones Jalupana y Viudita, retrógrada hasta las inmediaciones de Quito cuando sabe el avance de los patriotas por el camino de Limpiopungu. El movimiento es desde luego necesario al punto de conservar sus comunicaciones con la capital y no ser cortado; pero una vez situado en las colinas de Puengasi, permanece en una pasividad desconcertante sin tratar siquiera de dificultar —ya que no quiso impedir— la desembocadura del enemigo sobre el valle de Chillo y posteriormente su entrada a la zona de Turubamba, que este realiza mediante un peligroso movimiento de flanco, o, por último, de retirar los recursos de toda esta región.

Si hasta ahora se ha notado en la conducción de las operaciones una marcada desorientación, sin que sea dable poner en claro los intenciones

que abrigaba el comando, en este período se percibe no solo la misma desorientación sino también un espíritu de inactividad y abandono que deja al enemigo dueño de toda su libertad de acción, condenándose de este modo a sufrir la voluntad del adversario, es decir, a la derrota.

Ya Federico II, medio siglo antes, había reasumido el éxito de la ofensiva en una frase: “Vencer es avanzar”. El enemigo hasta entonces avanzaba, si no se le oponía una resistencia activa, vencería sin duda.

VI. Batalla de Pichincha (24 de mayo de 1822)

Orden de batalla del Ejército Patriota

Según hemos expresado en su oportunidad, en Alausi y Latacunga, respectivamente, se reunieron al ejército el resto del batallón Paya, que había quedado en Cali a causa de una violenta enfermedad que atacó a la tropa, y el Magdalena venido desde Panamá por orden del vicepresidente de Colombia, general Santander; asimismo se incorporó al ejército en Chillo el general Mires, quien, prisionero en el segundo combate de Huachi y llevado a Quito, había conseguido evadirse de este lugar.

El 23 de mayo el orden de batalla era, pues, el que sigue:

Comandante en jefe: general Antonio José de Sucre
Ayudante general: teniente coronel Daniel Florencio O'Leary
Comandante de la caballería: coronel Diego Ibarra

División peruana
Comandante de la división: coronel Andrés Santa Cruz

Tropas
Batallón Trujillo N.º 2: teniente coronel Félix Olazábal
Batallón Piura N.º 4: teniente coronel Francisco Villa
1.º y 2.º escuadrones cazadores a caballo: teniente coronel Antonio Sánchez
Escuadrón Granaderos a Caballo: teniente coronel Juan Lavalle

División colombiana
Comandante de la división: general José Mires
Jefe de Estado Mayor: coronel Antonio Morales

Tropas
Batallón Alto Magdalena: coronel José María Córdoba
Batallón Paya: teniente coronel José Leal
Batallón Albión: teniente coronel Mackinstosh
Batallón Yaguachi: coronel Carlos M. Ortega
Escuadrón de Dragones: teniente coronel Cestaris
Artillería: 4 piezas de a 2 y 4

Efectivo total combatiente del Ejército: 3.200 hombres.

Las tropas de la división peruana pertenecían a esta nacionalidad a excepción del escuadrón Granaderos a Caballo. Estas tropas se habían organizado en el curso del año anterior en los departamentos del norte del Perú, bajo la dirección del general Arenales, entonces presidente de Trujillo, y la inmediata del coronel Santa Cruz; el N.° 2 en Trujillo, hacia el mes de julio, con voluntarios de esta ciudad y de las provincias de Huamachuco, Cajamarca y Chota; el N.° 4 y escuadrones de Cazadores en Piura, sobre la base de cuadros sacados del N.° 2 y con voluntarios de esta ciudad y Payta, entre los que se contaban muchos individuos que habían servido en la guarnición realista antes de que Piura se declarase por la independencia.

El N.º 2 era el cuerpo mejor disciplinado e instruido y al respecto cabe señalar, como una nota sobresaliente en su favor, que este batallón terminó la campaña sin haber mermado sus filas por la deserción. Los dos escuadrones Cazadores a Caballo, como unidades de última creación, estaban mal encuadrados y deficientemente montados, particularmente el 2.º escuadrón; pero de un modo general, la disciplina y sobre todo el entusiasmo por la causa que defendían, en todos los cuerpos de la división, no dejaban nada que desear.

El escuadrón Granaderos a Caballo pertenecía al famoso regimiento argentino de este nombre, creado y organizado por San Martín, y traído por él mismo en la Expedición Libertadora; su instrucción era sólida y la mayor parte de sus soldados veteranos de Chacabuco, Maypú y Pasco, y aun algunos de San Lorenzo.

En la división colombiana los batallones Magdalena, Paya y el escuadrón Dragones estaban formados por tropas de Venezuela y Nueva Granada; el Yaguachi por tropas colecticias de Guayaquil y otros puntos, y el Albión en gran parte por personal inglés. A excepción de Yaguachi, todos estos cuerpos eran veteranos.

Según la organización vigente, cada batallón —que constituía la unidad táctica— debía contar con 1 compañía de granaderos, 1 de cazadores (tiradores escogidos que servían de exploradores) y 6 de fusileros; pero diversas circunstancias, principalmente la escasez de cuadros, no permitieron mantener este pie, de suerte que el número de compañías fluctuaba entre 4 y 6, teniendo cada una un efectivo de 90 a 100 hombres.

El armamento en uso eran fusiles de piedra, sistema español e inglés, con bayoneta y un alcance de 250 metros.

La caballería estaba organizada en escuadrones de 2 o 3 compañías, con 50 o 60 hombres cada una. Granaderos disponía de sables[5]; los otros de lanzas y pistolas.

La artillería era de campaña, pero de sistema anticuado y con una dotación escasa de municiones.

Ejército realista

El Ejército del Sur, incluida la guarnición de Quito, se componía de 4 batallones de línea (Aragón, Constitución, Cádiz y Cataluña), 2 cuerpos de milicias, 1 regimiento de caballería reducido a 3 escuadrones y 14 piezas de artillería, haciendo un efectivo total de 3.000 hombres.

Los cuerpos de línea y la caballería estaban formados en su mayor parte por tropas veteranas, contando un apreciable número de soldados

---

5 El general López en su libro *Recuerdos de la Guerra de la Independencia,* dice que estos disponían también de granadas de mano y de los lazos con bolas de plomo en los extremos que usan los gauchos de las pampas (llamadas “cuyules” en algunas partes del sur del Perú donde asimismo son empleados por los naturales). Sin embargo, no existe versión de que en Riobamba o en otras acciones de las campañas del Perú, los Granaderos hayan recurrido al uso de uno u otro artificio.

españoles; pero no así las milicias cuya instrucción y disciplina eran deficientes.

La organización era idéntica a la del Ejército Patriota, diferenciando tan solo en el número de compañías, pues cada batallón debía contar con siete de fusileros en vez de seis que tenían asignadas los del partido contrario. También como en el Ejército Patriota, los batallones no disponían del completo de compañías previstas en la organización.

La infantería estaba armada con fusiles sistema español, del mismo modelo que el de los patriotas, y la caballería con sables y lanzas.

Los cañones eran de plaza y campaña, pero igualmente de modelos anticuados.

El coronel López, como es sabido, ejercía el comando activo del Ejército. El coronel Tolrá había sido nombrado en los últimos días comandante de la caballería.

López era americano de nacimiento pero al servicio de los realistas. Tomado prisionero en 1820 por las tropas de Urdaneta, antes del combate de Huachi, se plegó, aparentemente desde luego, a la revolución, por lo que la Junta de Guayaquil le confirió el mando de un batallón; mas a poco intentó una reacción que Sucre develó oportunamente, viéndose entonces obligado a fugar a Quito, arrastrando parte del batallón, donde volvió a tomar servicio en las filas realistas.

Procedimientos tácticos en uso

A fin de apreciar el desarrollo de la batalla dentro de sus verdaderas características y poder fundamentar después el correspondiente juicio crítico, precisa referirse a los métodos de combate por entonces en uso.

Eran estos los mismos en uno y otro ejército y se reglaban por el *Tratado Español de Táctica de 1808*. Dicho tratado se inspiraba en los procedimientos de la escuela prusiana fundada por Federico II, con ligeras innovaciones arrancadas de los nuevos métodos que hicieron su aparición con la Revolución Francesa, es decir, que se esbozaba el orden disperso y se tendía a sustituirse el lineal por el orden profundo.

La infantería, nervio del combate como siempre, formaba en dos líneas: la primera en tres filas con los individuos codo a codo, pero con

intervalos variables entre los batallones y aun compañías. La segunda línea, situada a 300 o 400 metros de la primera, por unidades en línea o en columna, con sus cabezas a la misma altura o escalonadas en el sentido de la profundidad. La reserva, muy pequeña generalmente, también a 300 o 400 metros atrás de la anterior, fuera de la acción eficaz del cañón o fusil. Los cazadores, en el centro o en las alas.

En este dispositivo la caballería tomaba emplazamiento en las alas o a retaguardia, o en ambas partes a la vez. La artillería adelante o en los intervalos de la línea, según se tratase del combate ofensivo o defensivo.

Como la acción revestía muy rara vez los caracteres del combate de encuentro, o de la batalla "improvisada" como entonces se decía, cada partido tomaba invariablemente esta formación antes de empeñar la lucha.

De un modo general el aspecto del combate era el siguiente: los cazadores reconocían el frente enemigo y establecían los primeros contactos. Avanzaba enseguida la primera línea hasta 150 o 200 metros de la contraria en que rompía el fuego, combinándolo, desde este instante, con el movimiento hasta llegar a la bayoneta. La segunda línea reforzaba o reemplazaba sucesivamente a la primera, pasando sobre la marcha de la columna a la línea.

Propiamente no había pues maniobra, porque si bien la segunda línea era susceptible de suministrar el ataque principal, ya sobre uno de los flancos o sobre determinado punto del frente, lo que dicho sea en verdad se contemplaba siempre en el plan, la alimentación o sostenimiento de la primera línea absorbía a la segunda línea junto con toda la atención del jefe, de suerte que a este no le era dable llevar a efecto su idea; y en cuanto a la reserva, por su débil efectivo, no resultaba capaz de responder con eficiencia a ese rol, primando más bien el concepto de emplearla para proteger la retirada en caso de desastre.

El papel de la maniobra correspondía en realidad a la caballería, la cual, en el combate ofensivo, atacaba los flancos o por retaguardia del frente enemigo; de aquí, pues, el dispositivo de batalla con esta arma emplazada en los flancos, particularmente cuando estos no se apoyaban en obstáculos naturales, o a retaguardia y hacia el centro, lo que preveía las necesidades del ataque o defensa.

En definitiva, la infantería lleva a cabo el combate de desgaste mientras la caballería efectúa, en buena cuenta, el ataque decisivo. A tal circunstancia se debe, pues, el interés que toma cada partido —cuando cuenta desde luego con la superioridad en caballería— de luchar en un terreno que sea particularmente favorable a la acción de dicha arma.

Las batallas de Vilcapugio, Ayohuma y Viluma, libradas durante las campañas de 1813-1815 en el Alto Perú, entre las tropas realistas del Perú y las patriotas de Buenos Aires, presentan ostensiblemente las características referidas. En cambio la de Huaqui, realizada en 1811 en el mismo territorio, se aparta de estas, constituyendo —del lado realista— una brillante maniobra ofensiva que se desarrolla siguiendo un plan trazado de antemano y con objetivos precisos para las unidades de ataque; aunque desmereciendo un tanto por el rol asignado a una división que es sustraída de la acción principal para guardar hacia atrás el puente del Inca, sobre el Desaguadero, con solo las posibilidades de intervenir en caso de derrota o de un ataque por retaguardia, que bien visto es muy improbable.

Solo la batalla de Chacabuco, conducida por San Martín inmediatamente después del paso de los Andes (1817), y las de Boyacá y Carabobo, especialmente, libradas por Bolívar en Nueva Granada y Venezuela (1819-1821), presentan signos un tanto marcados de la batalla napoleónica.

En efecto, en Chacabuco un ataque secundario que fija al enemigo por su frente y lo desgasta, mientras el grueso maniobra para envolver el flanco izquierdo del mismo, cosa que se obtiene completamente.

En Boyacá, libertad de maniobra del jefe (Bolívar) mediante tropas reservadas en número suficiente, que las emplea, llegado el momento favorable, sobre una de las alas del enemigo que ha elegido como punto de ataque.

Finalmente, en Carabobo, envolvimiento del frente realista por la derecha, obligando al enemigo a cambiar bruscamente la orientación de su dispositivo y al empeño prematuro de sus reservas, en tanto que Bolívar mantiene sus reservas íntegramente y a su libre disposición,

sin llegar —como Napoleón en Austerlitz— a empeñarlas en su totalidad porque el enemigo se ha declarado ya en derrota.

La caballería que hasta entonces había sido un instrumento terrible en manos del jefe realista Boves y del republicano Páez, pero manejado rudimentariamente sin atenerse a más principio táctico que el valor de los jinetes para el choque brusco, adquiere por la época que estudiamos, en el campo republicano sobre todo, una organización más regular y con formaciones precisas para la maniobra, la que había sido difundida por los oficiales franceses o ingleses que de continuo se daban de alta en las filas patriotas. Sin embargo, se había dejado de lado el papel de la exploración, que en buena cuenta era reemplazado por un servicio de información a cargo de espías, por lo que su eficacia quedaba limitada al combate, como hemos visto. Tocó recién al general Miller poner de manifiesto esta característica de la caballería en las campañas de 1824.

Descripción del terreno

La ciudad de Quito se halla situada al pie de las faldas orientales de la cadena del Pichincha, sobre un plano quebrado e irregular. Al este presenta las lomas de Puengasi y Lumbisi que separan la meseta de Quito del valle de Chillo, y al Sur, cubriendo la ciudad en esta dirección, el cerro del Panecillo que es un desprendimiento del Pichincha. Al norte de la misma la meseta, toma el nombre de Añaquito que va a terminar en llanura.

La senda por la que iba a seguir el ejército patriota, arranca de la quebrada de Chillogallo ascendiendo después por alturas más o menos elevadas del Rucu-Pichincha que, a manera de estribos o contrafuertes, se desprenden de la masa principal, en un laberinto de cortaduras que hacen el terreno sumamente difícil. Esta senda remata en una loma alta que forma planicie, desde donde se divisan la ciudad, el campo de Añaquito y el valle de Chillogallo.

Del lado de Quito se llega a la misma por una vereda también difícil, pero de menor pendiente que en el lado opuesto. En esa parte del Pichincha, a una altura media de 3.800 metros, es donde tiene lugar la batalla que iba a sellar la independencia de la hoy república del Ecuador.

La batalla

Cumpliendo la decisión tomada por el comando de trasladarse a Añaquito, el ejército levantó su campo de Chillogallo y en las primeras horas de la noche del 23 de mayo, emprendió la marcha en el siguiente orden:

Vanguardia Batallón (Coronel Santa Cruz)	Batallón N.º 2 Batallón N.º 4 Batallón Magdalena
Grueso (General Mires)	Batallón Yaguachi Batallón Paya Batallón Albión

Seguía a retaguardia el parque, custodiado por parte del Albión, y la caballería a excepción del escuadrón Dragones que recibió orden de salir al camino a Pasto haciendo un largo rodeo por Alangasi y Puenbo. La artillería quedó en la quebrada para ser conducida a brazo por individuos del lugar.

El general había calculado alcanzar Añaquito en la madrugada del 24; pero los tropiezos que a cada momento presentaba el camino, no obstante las reparaciones que con anterioridad se mandó practicar en ciertos puntos de él, y una copiosa lluvia que cayó durante la noche, hicieron la marcha tan pesada que recién un batallón de la vanguardia (el N.º 2) pudo poner pie en la loma a las ocho de la mañana de dicho día.

Mientras este batallón se detenía con el fin de esperar la reunión del resto de la vanguardia, los espías que marchaban adelante dieron aviso de que fuerzas enemigas ascendían el cerro viniendo de la dirección de Quito. En vista de este dato, Santa Cruz envió a los cazadores a reconocerlas y a poco siguió él en persona con todo el N.º 2, dándose entonces cuenta que era todo el ejército realista el que avanzaba.

Efectivamente, el comando de este partido, al constatar en las primeras horas del día 24 la ausencia de los patriotas del campo donde habían quedado la víspera y conocer luego la dirección tomada por estos,

resolvió detenerlos en el mismo Pichincha, para lo cual el ejército marchó a este punto pasando por la ciudad.

Primera fase

Eran las diez de la mañana, aproximadamente, cuando los cazadores de la vanguardia patriota rompían el fuego sobre los elementos más avanzados del enemigo. Comprendiendo Santa Cruz que el esfuerzo de este tendía a apoderarse de la loma, cosa que era necesario impedir a toda costa, mucho más cuando el grueso no había salido todavía de las partes bajas, reforzó a los cazadores terminando por empeñar a todo el N.º 2. Este primer escalón se apoyó fuertemente en el terreno y durante cierto tiempo impidió todo progreso del enemigo, dando así lugar a que el resto de la vanguardia se reuniera y previniese para el combate y que el grueso apurase su desembocadura sobre la parte alta.

Segunda fase

Sucre en persona acudió con los batallones N.º 4, Magdalena y Yaguachi. El primero fue enviado a prolongar la derecha del N.º 2 y el Yaguachi la izquierda del mismo. El Magdalena recibió orden de ir a "situarse por la espalda del enemigo", orden, que dicho sea de una vez, no pudo cumplir por las dificultades del terreno.

Constituida así la primera línea, el combate continuó con ardor por ambas partes, pero sin que los realistas, que atacaban de frente, pudieran progresar.

El Paya, que llegó poco después, quedó de reserva a retaguardia y hacia el centro. En tanto las municiones escaseaban y el parque, que avanzaba con el Albión, estaba todavía muy atrás.

Faltos por fin de municiones los batallones de primera línea, al tiempo que agotados por la lucha intensa que duraba alrededor de hora y media, la derecha cedió a la presión del enemigo replegándose un gran trecho y con ella todo el frente; pero el Paya interviene oportunamente, carga a la bayoneta y restablece el combate.

Comprendiendo el comando realista la imposibilidad de obtener éxito mediante su ataque de frente, decide combinarlo con uno de flanco para lo cual envía una mitad del Aragón a envolver la izquierda del

enemigo. Esta tropa consigue desbordar ligeramente el flanco izquierdo de los patriotas y efectuar algunas descargas; pero el Albión, que en esos precisos momentos acababa de llegar, la contraataca con energía y rechaza en desorden.

Tercera fase

El Magdalena que no pudo alcanzar su objetivo, como se ha dicho, vino a situarse a retaguardia de la línea de combate, y hacia la izquierda, quedando asimismo como reserva.

Como el Paya debía remunicionarse, para lo cual era preciso relevarlo, el Magdalena fue designado con tal objeto. Este cuerpo toma su emplazamiento a la izquierda de la línea, rompe un fuego intenso y luego, valerosamente, se lanza a la bayoneta rompiendo la derecha del frente realista. Coincidía este acto con el repliegue desordenado del Aragón, de suerte que en las filas de este partido se producen el desorden y la confusión.

Esta circunstancia es aprovechada por el resto de la línea patriota que se lanza también a la bayoneta, cooperando así al contraataque iniciado por Córdova, jefe del Magdalena[6]. Los realistas arrollados por todas partes, perdidas sus formaciones y ya sin reservas de que disponer, comenzaron a replegarse, hasta que abandonaron el campo definitivamente. Dejaban tras sí 400 muertos y 190 heridos, mientras de los republicanos quedaban 200 de los primeros y 140 de los segundos.

Acción de la caballería

La caballería realista había permanecido formada en el campo de Añaquito en tanto se desarrollaba el combate en el alto. Tan pronto como llegaron a la ciudad los primeros dispersos, Aymerich le impartió orden de proteger la retirada de la infantería hacia Pasto.

---

6 El coronel Córdova fue el mismo que después, en Ayacucho, inmortalizó su nombre, arrastrando a sus tropas al asalto con esa célebre voz de mando: “Armas a discreción y paso de vencedores”.

Logró, en efecto, cubrir la reunión de algunas fracciones; pero estas lejos de tomar la dirección indicada, optaron por dirigirse al Panecillo donde se encerraron, mientras ella misma se precipitaba al camino del Norte.

Sucre, que había observado este movimiento, ordenó al coronel Ibarra marchar en su persecución; mas cuando los escuadrones patriotas partieron, ya aquella llevaba mucha ventaja en su retirada. Sin embargo, el escuadrón Dragones, que había conseguido salir con alguna anticipación al camino de Pasto, la persiguió de cerca hasta que los jinetes realistas se dispersaron.

Rendición de Quito

Mientras Sucre intimaba a Aymerich la entrega de la capital y rendición de sus fuerzas, el ejército se situó en el punto denominado La Chilena, hacia la salida noreste de la ciudad, donde pernoctó ese mismo día. El 25 ingresó a la capital después de firmar el convenio respectivo en el que también se incluía la capitulación del ejército de Pasto. El territorio del Ecuador quedaba, pues, libre de la dominación española que se había ejercido durante tres siglos.

Junto con la ciudad los patriotas tomaron posesión del fuerte Panecillo y de todo el material existente en los parques, entre el que se contaban 1.700 fusiles, gran cantidad de municiones y 14 piezas de artillería. Los prisioneros —ya capitulados como hechos en el combate— ascendían a 1.260 individuos de tropa y 160 entre jefes y oficiales.

VII. Estudio crítico de la batalla

Patriotas

Conocida la acción *tal como se realizó*, pasemos ahora a su estudio analítico, esforzándonos por descubrir si su conducción se informó en los principios que son fundamentales y que como tal rigen el espíritu de todo hecho de armas.

Cuando los primeros elementos de la vanguardia hubieron alcanzado la loma del Pichincha, el espionaje anunció la presencia de fuerzas enemigas que ascendían de la dirección de Quito. El coronel Santa Cruz, entonces, envió a los cazadores a reconocerlas y él mismo siguió con el N.º 2; y cuando constata la veracidad del dato y descubre todavía que es todo el grueso realista el que avanzaba, se posesiona fuertemente del terreno y empeña de hecho estas primeras tropas. He aquí, pues, un jefe de vanguardia imbuido de su papel.

¿De qué se trataba por el momento? De permitir al resto de la vanguardia su reunión y despliegue, y con esto asegurar al comando su *libertad de acción*. Mediante una enérgica y decidida resistencia, "oponiendo al enemigo una barrera infranqueable de fuegos", según expresión del parte oficial de Santa Cruz, consigue que el comando se prevenga para el combate y, lo que es más primordial, que el grueso disponga del tiempo suficiente para salir del peligroso desfiladero por el que hasta entonces marchaba.

Sin esa pronta decisión, ejecutada enérgicamente, y al no haber contado con tropas valerosas y disciplinadas como fueran las peruanas, es indudable que los realistas habrían ganado la loma y desde allí fusilado por lo menos a la vanguardia; es decir que la sorpresa estratégica, que indudablemente sufrió el patriota, habría llegado hasta la sorpresa táctica, siendo entonces sus resultados funestos.

Habiendo tocado este interesante punto y antes de pasar adelante, precisa referirse a las disposiciones del comando para la ejecución del movimiento a Añaquito.

El éxito de esta operación residía, como lo hicimos notar, en el secreto, energía y prontitud que se pusiera en la ejecución. De lo contrario el realista, lejos de ser sorprendido, podría más bien sorprender a los patriotas; y para que dicho temor llegara a realizarse no se necesitaba ciertamente mucho: un espía, un desertor, la indiscreción de cualquier habitante de la región o, por sobre todo esto, las dificultades del camino por seguir, podían ser causas más que suficientes para hacer fracasar la maniobra y con ella al ejército todo.

Sucre lo comprende así y de ahí que no deje de tomar cuanta medida de previsión sea posible, pensando ante todo en la constitución de su vanguardia, a la que lanza lo suficientemente lejos dada la naturaleza del terreno en que opera.

Por lo que respecta a las tropas encargadas de formar la vanguardia, bueno es hacer resaltar que este honor cupo —como también lo había sido antes—, íntegramente a la división peruana, lo que prueba la confianza que merecía al comando; pues era regla general e invariable escoger siempre para las misiones de vanguardia o de avanzadas a las mejores tropas del ejército. ¡Y para gloria de las armas del Perú la elección no fue mala ni la confianza infundada!

Tan pronto como el comandante en jefe tuvo, pues, conocimiento de la nueva situación, apresuró la reunión de los batallones restantes de la vanguardia y del más adelantado del grueso, que fue el Yaguachi, marchando con este núcleo hacia el punto donde estaba empeñado el N.º 2. Sobre el frente jaloneado por este batallón estableció su línea de combate, emplazando al N.º 4 a la derecha y al Yaguachi a la izquierda, mientras ordena al Magdalena marchar a "situarse por la espalda del enemigo".

A la forma imprevista en que se ha presentado la situación, que deja ya sin efecto el primitivo plan, responde el comando con actos que emanan de ella misma, pero que tienden todos al combate, como son los que se refieren a la constitución de un sólido frente defensivo capaz de contener el empuje creciente de fuerzas superiores, por lo menos durante el tiempo que es necesario para la reunión de los batallones restantes del grueso y la llegada de las municiones, y sin olvidar tampoco el mantener desde un principio tropas reservadas.

La orden que imparte el comando al jefe de la caballería para perseguir a la realista, es asimismo oportuna y a su vez cumplida con máxima rapidez dentro de los obstáculos del tiempo y lugar.

Como una acción de guerra no se juzga simplemente por los resultados obtenidos sino por las formas que guiaron su conducción, existe en el último período de la batalla una cuestión que precisa estudiar.

Cuando los infantes enemigos ceden el terreno, dirigiéndose en su mayor parte al fuerte Panecillo, donde se encierran, el general detiene sus tropas victoriosas a las inmediaciones de la ciudad y manda intimar rendición al presidente Aymerich. Es cierto que Sucre, como cualquier comandante en su lugar, podía abrigar la certeza que los soldados realistas que habían abandonado el campo de batalla desmoralizados, no intentarían una última resistencia, ni que tampoco lo ordenarían el general Aymerich o el coronel López que hasta ese momento habían dado, también, muestras tangibles de su quebrantamiento moral; pero tal consideración, en realidad presumida, no era admisible para fundamentar en términos absolutos, como parece, la resolución tomada de hacer alto en los lindes de la ciudad.

La guerra tiene por fin la batalla y esta la destrucción de las fuerzas vivas del adversario. Ahora bien, ¿estaba destruido el ejército realista? Virtualmente, no. Es verdad que había sufrido fuertes pérdidas materiales y luego cedido el campo de la lucha al empuje del enemigo, lo que prueba que su moral estaba abatida; y aunque las fuerzas morales están por sobre las materiales, constituyendo, como había expresado Napoleón, "las tres cuartas partes de la guerra", ¿no podía ocurrir que un jefe, algunos oficiales o un grupo de soldados tocados en su dignidad y orgullo de raza por el mismo sentimiento de la derrota (*¡eran en su mayor parte españoles!*), o impelidos por el cumplimiento de un último deber, se irguiesen de súbito restableciendo la moral del conjunto y decidiendo, por lo tanto, la resistencia o por lo menos a vender caras sus vidas?

No tiene nada de improbable esta presunción dado el campo especulativo en que es posible tratarla.

En su parte oficial dice el general Sucre que intimó la rendición "pensando ahorrar la sangre que costaría a los patriotas la toma del fuerte y la defensa que aún permitía la ciudad" ¿Pero si Aymerich rechaza la intimación o aunque sea solo dilata la respuesta? Es evidente que esas tropas habrían ganado algún tiempo para reaccionar moral y materialmente, y podido, en consecuencia, organizar la resistencia.

La acción de Sucre, muy loable por cierto, y que en determinado orden de cosas respondía al deseo de conservar la vida de muchos hombres necesarios todavía para la redención final de América, cabía únicamente dentro de una forma explícita: intimar la capitulación pero desde el torno del Panecillo, neutralizando así todo intento de resistencia; es decir, imponer la acción diplomática por la amenaza de sus armas.

Realistas

Conocida por el comando, en la madrugada del 24, la dirección tomada por el ejército patriota durante la noche del día anterior, de donde se deducía claramente su pretensión de salir hacia el campo de Añaquito, optó con muy buen acuerdo, desde luego, por abandonar las posiciones que hasta ese momento ocupaban las tropas e ir a situarse en la loma del Pichincha, punto desde el cual sería fácil sorprender al enemigo, atacándolo en un terreno en que todo despliegue resultaba a este imposible y cuando se encontraba en formación de camino.

El éxito del plan residía, de consiguiente, en la ocupación oportuna del Pichincha y este hecho a su vez en la rapidez del movimiento. Sin embargo, la ejecución no responde al espíritu de la decisión, por lo que desaparece toda la bondad de esta; pues, al decir del historiador español Torrente, el coronel López lejos de marchar hacia ese objetivo por el camino más corto y en el menor tiempo, atravesó la ciudad y se entretuvo primero en hacer desfilar sus tropas por delante de la casa de gobierno a fin de que las revistara el presidente Aymerich. Por poco tiempo que se perdiese en la realización de tal acto, que no tenía más objeto que satisfacer una pueril vanidad del comandante, él fue siempre apreciable, porque cuando las tropas comenzaron a ascender

el Pichincha, ya las primeras fracciones de la vanguardia enemiga habían alcanzado la loma.

Fracasado por esta causa el intento de la sorpresa, decide el coronel López tomar a viva fuerza la loma, cuya pronta ocupación le permitiría todavía caer sobre los patriotas y destruirlos por lo menos en parte. Para abatir la resistencia que oponen los cazadores y el batallón N.º 2, empeña a la vanguardia, mientras a retaguardia va formando su segunda línea de combate.

Pero trascurre el tiempo, llegan otras fuerzas enemigas que intensifican la defensa y aunque la vanguardia, reforzada ya por tropas del grueso, ha conseguido en cierto momento ganar algún terreno, él constata por fin la impotencia de sus esfuerzos que hasta ahora son ejercitados en forma de un brusco ataque de frente. Resuelve, entonces, combinar este ataque con uno de flanco, para cuyo efecto prescribe a una parte del Aragón envolver el flanco izquierdo de los patriotas y atacar por retaguardia. Esta tropa consigue desbordar un tanto el flanco señalado y efectuar algunas descargas, pero es contraatacado por el Albión y finalmente rechazado en desorden.

El ataque del Aragón ha fracasado pues, en primer lugar, por el tiempo de suyo largo que forzosamente ha debido emplear para desplazarse por un terreno difícil y llegar cerca de su objetivo, dando margen con ello a que el enemigo pudiese ya disponer de la totalidad de sus tropas; y luego por su efectivo reducido (dos compañías), muy insuficiente por cierto para llevar y sostener un ataque a fondo o parar contraataques, mucho más cuando el comando no cuenta ya —en el momento que él se produce—, con reservas para apoyarlo o hacer sentir un esfuerzo intenso sobre otro punto del frente adverso, porque en el trascurso de dicha maniobra ha ido gastando sus tropas de segunda línea en alimentar a las de primera.

Para que la decisión que comentamos apareciera con el acierto que era de desearse, el comando debió tomarla bajo cualquiera de estas dos formas: lanzar el ataque a la hora y con el efectivo que lo hizo, pero a condición precisa de mantenerse listo para intervenir con el resto de sus tropas, no empeñadas, por el punto y en el momento que fueran favorables (ya que no pensó en llevar estas por aquella dirección),

que así dicho ataque se habría manifestado dentro de su verdadero carácter de ataque secundario, tendiendo como tal únicamente a la fase de desgaste; o bien —como hubiera sido preferible— lanzarlo con el mismo o a un menor número de fuerzas, pero mucho antes, esto es cuando solo se trataba de vencer la resistencia de los cazadores y del N.º 2 que impedían la ocupación de la loma, con lo que, indudablemente, habría quedado siempre al comando posibilidades de llevar a efecto su primitivo plan.

Durante el combate el comando superior ha dejado sentir su acción en forma intensa, pero desde el momento que las unidades comienzan a abandonar el campo ella desaparece totalmente; y es en esta oportunidad, sin lugar a duda, que dicha acción se hacía más necesaria; pues la vacilación que se produce en el seno de las tropas, entre tomar el camino a Pasto o dirigirse al Panecillo, es obra exclusiva de la falta de órdenes que a su tiempo debían haber emanado del órgano director.

Contando con el apoyo de los 300 jinetes perfectamente montados, que permanecieron en formación en Añaquito, pudo el coronel López sino tentar una última resistencia en los alrededores de la ciudad o en torno del Panecillo, organizar por lo menos su retirada hacia Pasto, como lo había previsto el general Aymerich.

En cuanto a la caballería, no obstante su manifiesta superioridad material sobre la patriota, no pudo o no supo participar de la lucha. Durante el combate es evidente que nada eficaz podía hacer debido al terreno escabroso en que se desarrollaba la acción; pero en los momentos críticos de la retirada quedaba obligada a intervenir, en el llano, resueltamente con sus lanzas para cubrir el repliegue o contener siquiera los primeros síntomas de dispersión.

Algunos historiadores hacen sobre el particular y sus derivaciones posteriores, duros cargos al coronel Tolrá; pero aunque estos no fueran expresados, es suficiente recurrir al análisis de los hechos para deducir que la pasividad de esa tropa, agravada después por una pronta dispersión, indigna del legendario valor español, recae sobre su comandante el citado coronel Tolrá.

Hoy el espíritu de la doctrina, que es una sola, no admite distingos en las condiciones de orden moral que deben reunir los oficiales

de una u otra arma, de manera que estas son las mismas para todos; pero por aquellos tiempos —cuando el fuego no había cobrado toda vía su alto valor—, en que la caballería era a menudo el arma heroica de los grandes sucesos, exigir al jefe que formase en sus filas cualidades especiales de audacia, vivacidad de espíritu y un valor a toda prueba.

Y es verdad que solo con jinetes dirigidos por comandantes que reunían tales condiciones, se pudo grabar en la misma guerra de la independencia, hechos tan esplendorosos como Queseras del Medio en que 150 hombres dóciles a la voz "¡vuelvan caras!", del prodigioso Páez, dan frente a 1.500 jinetes realistas y los cargan y acuchillan. Riobamba, cuyo recuerdo está fresco; y para no citar más, Junín, transformado en victoria gracias a la carga del escuadrón peruano Húzares del Perú (llamado desde entonces "Húzares de Junín") por retaguardia de los 1.300 jinetes de Canterac y en momentos que el general realista creía ya asegurado para sí el triunfo.

Conclusión

Consecuencias de la Batalla de Pichincha

Los resultados de la victoria obtenida por las tropas peruanas-colombianas en las faldas del Pichincha, habían sido de carácter decisivo e inmediato: en el orden militar la rendición de las tropas realistas de Quito y Pasto y, por consiguiente, en el orden político la emancipación de la antigua presidencia de Quito, o sea el país conocido hoy con el nombre de Ecuador; lo que a su vez permitía la constitución efectiva de la Gran Colombia, cuyos límites encerraron también a Guayaquil, por la intervención directa que, como era de esperarse, cupo sobre el particular al Libertador.

Emancipado Quito del poder español, Bolívar que daba por lo tanto en libertad para continuar sobre el último objetivo, esto es, el Perú, cuya posesión señalaría el término de la guerra. Efectivamente, después de realizada la célebre entrevista de Guayaquil, en la que San Martín, el vencedor de Chacabuco y Maypú, cede su puesto para la dirección del esfuerzo final a Bolívar, el vencedor de Boyacá, Carabobo y Bomboná, el Libertador envía auxilios militares al Perú y él mismo se traslada a territorio peruano para organizar y conducir la campaña de 1824, que en Ayacucho da cima a nuestra independencia y con ella a la de América toda.

Pero, aparte de estas consecuencias cuya importancia es general para la causa de la independencia, de la victoria de Pichincha se derivan otras de carácter especial para el Perú, que importa subrayar mucho.

Ese notable hecho de armas y la campaña misma, en efecto, muestran, ante el continente todo, la participación gloriosa que en su éxito tocó a las armas peruanas, evidenciando a la par las cualidades y virtudes guerreras de un pueblo cuando se pone al servicio de una causa noble y sagrada como es la de la libertad.

Constituyendo el Perú el centro de la dominación española, por lo mismo que era el asiento principal de los títulos de Castilla y el país más pródigo en recursos, sus establecimientos de enseñanza, las industrias, el

comercio, los puestos públicos y en fin todo el dinamismo que determina la vida de un pueblo, estaban en manos de los españoles o de criollos crecidos y educados bajo el régimen colonial, cuando no en la misma España; resultaba de aquí, lógicamente, que sus fuentes principales de reclutamiento se hallasen en el mismo país.

De sus altas sierras como de sus dilatadas costas, salieron, pues, esos soldados que durante tantos años pasearon victoriosa la bandera española, como también pasearon la que enarbolara Pumacahua, el formidable caudillo que al contar con un éxito de Belgrano en el Alto Perú habría sido —tal vez— el libertador de su propio suelo, el Perú. El nativo que era arrancado de su hogar y llevado al cuartel, se convertía sin embargo, bien pronto, en soldado disciplinado, sobrio y valeroso; en soldado a quien jamás arredraban las fatigas y privaciones, o las marchas prodigiosas y los combates sangrientos. Del país salieron esos soldados que hicieron flamear muy alto los pendones de Castilla en las campañas del Alto Perú, de 1811 a 1815, como en las de 1820-1823. Las batallas de Huaqui, Vilcapugio, Ayohuma y Viluma en el Alto Perú, como posteriormente las de Moquegua, Torata y aún Zepita, que es solo un incidente en esa asombrosa campaña del Desaguadero conducida por el propio virrey La Serna, fueron testigos del valor y proezas de los soldados peruanos, a quienes simplemente encuadraban los peninsulares. Del propio país fueron, por fin, esos soldados con quienes se podía pasear toda la Europa, según expresión del más bravo y experimentado de los generales españoles, don Jerónimo Valdez.

Las grandes ideas de libertad proclamadas en el Perú ya desde 1805, ideas que no pueden convertirse en realidad porque son ahogadas en sangre (¡Aguilar, Ubalde, Silva, Zela, Castillo, Pumacahua y antes de todos Tupac-Amaru!), vuelven a propagarse desde que se anuncian los preparativos que hace San Martín, y en la masa del pueblo va penetrando más y más la necesidad de sacudir el yugo soportado ya trescientos años. Con el arribo de la “Expedición Libertadora”, esos sentimientos, que permanecían acallados por el terror desde Umachiri, van explosionando poco a poco hasta que se produce el estallido general.

Por eso, cuando Sucre solicita al Perú auxilios para la campaña de Quito, acuden en tropel los nativos del país y pelean junto con los que procedían de las tierras ya liberadas por Bolívar y San Martín. Los que lucharon en Pichincha fueron así los primeros que se organizaron bajo la bandera de la naciente República. Si antes los hombres de su misma raza pasearon victoriosas las armas del poder a que estaban sometidos; cuando se les llama a pelear por la libertad, ponen en transparencia sus viejas cualidades guerreras, abrillantadas ahora por el deseo de emancipar el suelo de sus mayores, por las ansias de constituir un pueblo libre. Su fe, su moral inquebrantable, su valor son tales, que bien se podía decir de ellos lo que Bolívar de sus soldados, cuando trasmontaba los Andes para libertar Nueva Granada o atravesaba ríos caudalosos y cruzaba llanuras fangosas y desiertas para librar Carabobo: "Cuando se cuenten los prodigios del valor de nuestros soldados y su aliento en todas las adversidades, la historia antigua, llena de héroes y de pinturas exageradas, perderá gran parte de su importancia porque se verá excedida en verdad".

Es así como Bolívar, apreciando en toda su magnitud el rol que cupo desempeñar en Pichincha a los soldados del Perú, hizo público reconocimiento de sus méritos y servicios, y justamente los colmó de honores, expidiendo un decreto en el que se encuentran pasajes como los siguientes:

"La División del Perú a las órdenes del coronel Santa Cruz, es benemérita de Colombia en grado eminente. Los jefes, oficiales y tropa, llevarán una medalla con la siguiente inscripción: Libertador de Quito en Pichincha; por el reverso: Gratitud de Colombia a la División del Perú. El gobierno de Colombia se reconoce deudor a la División del Perú de una gran parte de la victoria de Pichincha"[7].

---

7 El siguiente es el texto de la Capitulación de Quito, firmada el 25 de mayo de 1822 y ratificada el 26 del mismo:

"En la ciudad de Quito, a 25 de mayo de 1822, convencidos de que las circunstancias de la guerra obligan a tomar un medio de conciliación que ponga a salvo los intereses del Ejército Español con la ocupación de esta ciudad y provincia por la divisiones del Perú y Colombia, a las órdenes del señor general Sucre después de la victoria conseguida por este en las alturas de Pichincha en la que los dos Ejércitos se batieron con el ardor que les es característico; en atención a que la falta de comunicación con la Península, la opinión general del país y los pocos recursos

imposibilitan continuar la lucha, y siendo conforme con las instrucciones de la Corte dadas al Excmo. señor general Murgeon por el ministro de la Guerra el 3 de abril de 1821, determinaron los jefes de los dos Ejércitos transigir las desavenencias, nombrando al efecto el señor general Sucre a los señores coroneles don Andrés de Santa Cruz, jefe de las tropas del Perú, y Antonio Morales jefe de Estado Mayor de las de Colombia, y el Excmo. señor general don Melchor Aymerich, a los señores coroneles don Francisco Gonzáles y don Manuel María Martínez de Aparicio, ayudante general y jefe de Estado Mayor de la División Española, los cuales después de reconocidos sus poderes, estipularon los artículos siguientes: —Art. 1.º Será entregado a los comisionados del general Sucre la fortaleza del Panecillo, la ciudad de Quito y cuanto está bajo la dominación española a N. y S. de dicha ciudad, con todos los pertrechos de boca y guerra y almacenes existentes. —Art. 2.º Las tropas españolas saldrán de dicha fortaleza con los honores de guerra, y en el sitio y hora que determine el general Sucre entregarán sus armas, banderas y municiones; y en consideración a la bizarra conducta que han observado en la jornada dayer y a comprometimientos particulares que pueda haber se permite a todos los señores oficiales, así europeos como americanos, que puedan pasar a Europa o a otros puntos, como igualmente la tropa, en el concepto de que todos los oficiales que quieran quedarse serán admitidos en las filas o como ciudadanos particulares. —Art. 3.º Los señores oficiales conservarán sus armas, equipajes y caballos. —Art. 4.º Los que de estos quieran pasar a Europa, serán conducidos por cuenta del gobierno de Colombia a La Habana, por la dirección de Guayaquil a Panamá, escoltados por una partida hasta el embarque, y en el primer puerto español donde lleguen serán satisfechos los gastos que ocasionen al comisionado que los conduzca. —Art. 5.º El general Aymerich queda en libertad de marchar cuando y por donde quiera, con su familia, para lo cual será atendido con todas las consideraciones debidas a su clase, representación y comportamiento. —Art. 6. Se concede una amnistía general en materia de opinión a todos los empleados públicos, eclesiásticos y particulares. A los que quieran pasar a Europa se les concederá su pasaporte, pero el viaje lo harán por su cuenta. —Art. 7.º Como en el artículo 1.º están comprendidos en la presente capitulación las tropas que están en Pasto y su dirección, se nombrarán dos y oficiales de cada Ejército, que vayan a conducirla, y entregarse de cuantos prisioneros, pertrechos y demás que ahí existan; pero en atención a las circunstancias de aquel país, el gobierno español no puede salir garante del cumplimiento de ella, en cuyo caso el de Colombia obrará según le dicten su prudencia y juicio. —Art. 8.º Después de la ratificación por ambas partes del presente tratado, el señor general Sucre podrá ocupar la ciudad y fortaleza a la hora y día que guste, cuyos artículos, para la ratificación de las partes contratantes, firmarán dichos señores comisionados, en el palacio del gobierno de Quito en

Bibliografía

Documentos

Comunicaciones dirigidas por Sucre a San Martín y Monteagudo, y por la Junta de Guayaquil a San Martín (mayo a octubre de 1821).
Comunicaciones dirigidas por Sucre al Ministro de Guerra de Colombia (mayo 1821).
Boletín de la División del Sur el día 20 de agosto de 1821 (Guayaquil).
Instrucciones de Sucre al coronel Heres (diciembre de 1821).
Comunicación de Sucre al Ministerio de Relaciones del Perú (Riobamba, 23 de abril 1822).
Parte del combate de Riobamba, suscrito por Santa Cruz.
Parte de la batalla de Pichincha, suscrito por Sucre.
Parte de la batalla de Pichincha, suscrito por Santa Cruz.

Obras

Historia de la Revolución Americana, tomo 39, Mariano Torrente.
Historia de la Colonización e Independencia de América, tomo 39, José Coroleu.
Recuerdos históricos de la Guerra de la Independencia, general Manuel Antonio López.
Historia del Perú independiente, 1.er. período, Mariano Felipe Paz. Soldán.
Gran Colombia y España (1819-1822), Daniel F. O'Leary.

---

dicho día, mes y año. —ANDRÉS DE SANTA CRUZ. —ANTONIO MORALES. —CORONEL FRANCISCO GONZÁLEZ. —MANUEL MARÍA MARTINEZ DE APARICIO. —PATRICIO BRAYN, secretario.

Los oficiales y tropa prisioneros harán antes juramento de no tomar las armas contra los Estados independientes del Perú y Colombia. SANTA CRUZ. —MORALES. —APARICIO. —BRAYN.

Aprobada y ratificada. Cuartel general en Quito, a 26 de mayo de 1822. —ANTONIO JOSÉ DE SUCRE. —MELCHOR AYMERICH.

Memorias del general O'Leary, Tomos 3.º y 5.º.
Historia del Ecuador, tomo 3.º, Pedro F. Cevallos.
Vida y correspondencia general del Libertador Bolívar, tomo 29, Felipe Larrázabal.
Historia del Perú independiente, tomo 1.º, M. Nemesio Vargas.
Anales del Departamento de La Libertad, Nicolás Rebaza.
Los peruanos y su independencia, José A. de Izcue.
Cuadros de la historia civil y militar de Venezuela, Lino Duarte Level.
Batallas decisivas de la libertad, Aníbal Galindo.
Geografía y mapa del Ecuador, 1892, Teodoro Wolff.

Publicado por el Centro de Estudios Simón Bolívar
en mayo de 2022
Caracas, Venezuela

La Campaña de Quito (1820-1822)

"Cuando se cuenten los prodigios del valor de nuestros soldados y su aliento en todas las adversidades, la historia antigua, llena de héroes y de pinturas exageradas, perderá gran parte de su importancia porque se verá excedida en verdad", con esta lúcida reflexión el Libertador Simón Bolívar pondera el extraordinario despliegue del Ejército Republicano por la independencia de Suramérica entre 1820 y 1822. Las adversidades del terreno montañoso, los recursos precarios y las irregulares vías de comunicación dificultaron las probabilidades de victoria para los patriotas. Abatir a los realistas en Pichincha, luego de la brillante actuación del Gran Mariscal Antonio José de Sucre, permitió la anexión de Quito a Colombia, fortaleció el gran proyecto de unidad para el continente y aseguró la entrada al Perú, donde Junín y Ayacucho se convertirían en faro de la emancipación americana.

Felipe de la Barra

Historiador nacido en Perú en 1890. Su impecable carrera militar lo llevó a ocupar el cargo de director de la Escuela Militar, ministro de Guerra y fundador del Centro de Estudios Histórico Militares en su país. Desarrolló una extensa obra dedicada a la investigación de la historia militar que le mereció formar parte de la Academia Nacional de la Historia del Perú. Falleció en 1978. Entre sus obras se encuentran: *Historiografía general y militar peruana* (1962), *Génesis y culminación de la Independencia del Perú* (1971) y *Asuntos militares* (nueve volúmenes, 1971-1974).






ISBN: 978-980-7975-05-6
9 789807 975056